

Miguel Ángel Tenreiro

El señor Gabriel
(2004)

 yeshaliteraturaEdiciones

El señor Gabriel

(2004)

El señor Gabriel

I

Corina había pasado una infancia idílica. La familia la manejaba la madre, obsesiva y absorbente. El padre era sumiso, pero cumplía su función al menos con la imagen, y tenía un hermano menor, con el que se llevaba muy bien pero que más adelante se convertiría en su peor enemigo. Buenos colegios no alcanzaron para educar a Corina, su vocación por la estupidez era demasiado fuerte. Pasó la adolescencia en un club de lujo, una verdadera institución. Allí, junto a otras jóvenes como ella, trataba de enganchar futbolistas con prospecto de millonarios. Algunas tuvieron éxito, otras no, entre las últimas estuvo Corina. Ella no era agraciada pero sí bien dispuesta. No alcanzó y la edad avanzó hasta que su proyecto de vida quedó desactualizado. No se resignó y durante mucho tiempo deambuló las consultas de las brujas solicitando trabajos y pócimas para que tal o cual mamerto con plata cayera rendido a sus pies. Dejó mucha plata en esos recorridos, pero todavía podía porque la crisis económica no había tocado a su familia. Cuando el negocio de su padre dejó de rendir, empezaron los problemas familiares. Todos estaban acostumbrados a derrochar y en una competencia de insensatez, cuando uno de ellos hacía una compra disparatada, los otros respondían con otro tanto. Aunque todo empeoraba, utilizando las tarjetas de crédito sus padres se fueron de viaje por Europa, su hermano se compró una lancha que tuvo que vender a mitad de precio a los dos meses, para

alquilar una estación de servicio destruida que cuando terminaba de arreglar devolvió por falta de fondos para seguir adelante. Corina se vengó comprando un coche, ropas de lujo, y renovando sin ninguna necesidad todos los electrodomésticos de la casa. El clima familiar se convirtió en un infierno y pasando los cuarenta años Corina no tuvo mejor idea que tener un hijo. No tenía pareja, pero se las arregló para seducir a un vecino bastante mayor que ella, del que a pesar de no tener ningún atractivo logró arrancar un embarazo. No le hizo ningún reclamo, todo lo que quería de él, lo había obtenido. En su casa hubo gran disgusto. Para su madre las apariencias lo eran todo, ella había vivido más de medio siglo en el barrio “sin ninguna mancha”. El desafío de su hija, concretado en una afrenta al honor de la familia, generó la ruptura cuando Corina se negó a abortar. Tuvo su hija en ese ambiente de oposición. Siguieron las agrias discusiones, que cada vez con más frecuencia terminaban con empujones y sopapos hasta que finalmente cuando la nena tenía cuatro años, Corina se fue de la casa. Había conseguido un trabajo, alquiló una pieza y comenzó a vivir acorde a sus medios y capacidades. No había tenido otra salida, o le ponía fin a esa situación o se moría. No se resignaba a ese destino y lo achacaba a su familia, a la situación del país, y hasta al supuesto abandono del padre de su hija. Tenía justificaciones para todos los gustos, que descargaba con su hablar incontenible, así que en su mente siguió siendo una persona importante. Bastante entrada en carnes, con la mirada desorbitada, no había que ser muy buen observador para darse cuenta de que había estado muy cerca de la locura.

II

Corina no se había ido así nomás de la casa. Su hermano, a nombre de quien estaban las máquinas de la pequeña empresa, se había quedado con todo, y ella no había encontrado mejor solución que

consultar con una gitana que le dijo que debían limpiar la casa. Esperaron a que no hubiera nadie y se hizo una breve ceremonia habitación por habitación. También debían limpiarse los objetos de valor, así que Corina entregó toda la plata y joyas que había. La bruja efectuaría esta parte del trabajo en otro lugar y restituiría rápidamente todos los elementos antes de que volviera la familia. Por supuesto que la gitana no volvió nunca, de forma tal que en realidad lo de Corina fue más huida que partida voluntaria. Se fue con Paqueta, su hija, a la que a modo de burla llamaban así porque Corina la trasladaba de un lado a otro como un paquete, ya que en la casa no querían cuidársela. Corina hizo caso omiso de la crítica —que no entendió— y aceptó el sobrenombre como sinónimo de elegante, lo cual era absurdo porque Paqueta era una nena tragona, gritona, obesa y mal educada, el vivo retrato de su madre. Su aspecto gracioso y simpático le era útil a Corina, que la llevaba de un lado a otro en brazos a pesar de que Paqueta pesaba más de treinta kilos y podía caminar. La usaba como tarjeta de presentación ya que en cualquier encuentro o visita la primera atención se concentraba en Paqueta, lo cual permitía a Corina posicionarse como un estratega del ajedrez en el centro de la escena y permanecer allí enclavada para ser la última en retirarse, recurso frecuente entre quienes no tienen dónde ir. Había conservado algunas de las relaciones de sus buenos tiempos y se mantenía informada teléfono mediante, para hacerse invitar o invitarse a sí misma, a pesar de que ya no era bienvenida como antes.

III

¡Si Gabriel hubiera sabido que iban a pasar casi cincuenta años para que la magia volviera a su vida! Tenía que recoger algunos coquitos de eucalipto en cuanto pudiera. Había olor a naranja en la casa. Su madre colgaba las cáscaras en el enrejado de la estufa de kerosén. No

era desagradable, era mejor que nada. Él prefería lejos el eucalipto. Se ponían dos o tres en una tacita que por su falta de asa o algún borde cascado estaba en desuso, y con un poquito de agua se apoyaba sobre la estufa. Esa estufa, cuadrada, de enlozado verde, era la misma que se había llevado por delante el invierno anterior, momento desde el cual llevaría por siempre la marca de la quemadura en la barriga. El invierno era más duro antes, tardaba media hora en poder mover los dedos cuando entraba de la calle. Ahora que no hacía tanta falta, había gas natural y las estufas se prendían muy pocos días por temporada, pero cada vez que veía las pequeñas pirámides aromáticas esparcidas en algún parque, exclamaba satisfecho “¡Coquitos!” al tiempo que recogía algunos para llevárselos a la nariz y volverlos a tierra luego de unos minutos, cuando recordaba que ya había pasado el tiempo de la candidez, esa misma que le permitía estremecerse de gozo porque la magia estaba por comenzar.

La luz se cortaba en la casa siempre de noche y día por medio. Entonces explotaba una andanada desmesurada de puteadas y carajeadas que su colérico padre soltaba con furia inigualable. Era ocasión, la oscuridad, para perderse de ver su cara enrojecida de expresión desencajada. Llevándose los muebles por delante como si un toro de lidia se hubiera materializado entre ellos, su padre iba entonces en busca del gran farol cromado de nombre poético. Le decían “Sol de Noche”, y él no solo creía que era el nombre de ese único farol, también estaba convencido de que era mágico. Su padre trataba de prenderlo y con la brusquedad de su enojo rompía la frágil mecha cristalizada. Tenía varias de repuesto, así que la cambiaba con la rapidez que da la práctica y la tardía comprensión periódica de que la furia no sirve cuando se trata de hacer algo útil. Había que esperar que la mecha se quemara, cerrar la válvula en el momento justo, y bombear con fuerza también en el momento justo. De pronto, la blanquísima luz se expandía con potencia arrinconando la penumbra temblorosa de la vela en algún vértice lejano. Su padre colocaba orgulloso el farol en su lugar de ho-

nor reservado solo para él, desde donde mejor iluminaba el comedor. Cuando esta última operación se había completado, con precisión infalible volvía la luz. Él creía que su padre hacía todo ese despliegue escénico justamente para que la luz eléctrica volviera, creía que el farol era su instrumento mágico. ¡Si hubiera sabido que iba a tener que esperar casi cincuenta años para que la magia volviera a su vida!

Pasaron, pero no en vano. Y luego de varias noches de insomnio, se sorprendió obnubilado recitando ante un espejo “No más otra vez el viento de mar y oscuridad, no más otra vez cuando el silencio es vibración, no más otra vez su volar y mi volar; es algo, es algo pero no hay que encontrarlo, el engaño de la visión ya no me llega, no es más de mí, no más otra vez”.

Gabriel tardó en recuperarse de esta crisis, que realmente lo asustó porque creyó que lo llevaba a la locura. Al pasar los días, pudo repetirse el último de sus monólogos nocturnos “No puedo dormir, ahora entiendo por qué no puedo dormir, bajo a la cocina y me preparo un té de tilo, no sirve para nada. Cuando no hay tilo, uso cualquier otro, no importa, es el hecho de concentrarme en una acción simple y cotidiana, que me sirva para detener el pensamiento unos segundos. Ahora entiendo por qué no puedo dormir, siento latir al Universo. El Universo late, el Universo, así con mayúsculas, empezó a existir cuando alguien lo dijo infinito y así fuera gracias a la noción de límite. Por la gran explosión primordial todo terminaría quemado, o por la expansión permanente y la materia oscura, que no se sabe cómo es ni dónde está pero que rige el movimiento del Universo todo terminaría diseminado, congelado en el silencio del espacio profundo. Cuando los científicos dicen cosas como estas, es que están clamando por un dios. Pero no se dan cuenta, no se dan cuenta de lo que yo cuando entendí por qué no puedo dormir. El Universo late. El corazón de un pajarito late más de 800 veces por minuto, casi una vibración. A mayor tamaño o densidad, metabolismo más lento, hasta que no se nota, como en las piedras. El Universo, más lento todavía. Cada sístole dura más allá de

la concepción del tiempo y cada diástole más todavía. Unos advirtieron la contracción otros la expansión, unos la sístole otros la diástole. Dialéctica del divague, ciencia. Yo me di cuenta de los dos, sé que el Universo late. ¿Cómo voy a poder dormir así? Ya me había pasado esto de no poder dormir. No es que sea cosa de ahora, no, me pasó siempre, como aquella noche siendo muy pequeño en que me di cuenta de que la muerte no iba a hacer una excepción conmigo. Y otras muchas noches, en que me perdí en pensamientos sensuales. Antes la pasaba leyendo y amanecía hecho un zombi. Funcionaba malamente todo el día, para volver a leer toda la noche. Ahora leo también de día y llego a la noche con los ojos hechos mierda. En una ocasión fui a un médico, pero no para que me diera algo para dormir. Quería una operación o algo para no escuchar. Estaba cansado de escuchar estupideces y se me ocurrió que la vida sería más llevadera si fuera sordo. El médico me sacó cagando cuando se dio cuenta de que hablaba en serio. Eran otras épocas. Pero me empecé a quedar solo por culpa del chamán blanco, ese hijo de puta que me enseñó el arte de la escucha. De pronto, en una reunión familiar, un simple cumpleaños infantil, comencé a escuchar en serio. Escuchaba lo mismo que los demás, pero entendía. Fue terrible, como esas escenas de película donde alguien escucha los pensamientos de miles de personas a la vez y vive atormentado, inutilizado por su habilidad. Escapé de esa fiesta, comencé a evitar las reuniones y ahora ni siquiera soporto hablar con persona alguna. Para oír voces humanas pongo la televisión unos minutos por día y busco un programa en otro idioma. Los oigo cual gruñidos de animales, luego apago, me quedo en silencio y a la noche no tengo más remedio que darme cuenta, por ejemplo, de que el Universo late. Se podría pensar que eso no es nuevo, que ya está dicho que todo vibra en el Universo. Me importa un carajo, yo sé que el Universo late. Lo primero que el chamán blanco me enseñó, fue que dios no es alguien, es algo, ¿y qué otra cosa va a ser si no es el Universo? Me enseñó muchas otras cosas el chamán blanco, y no le voy a perdonar la irresponsabilidad de haber iniciado

en semejantes conocimientos a un infeliz como yo. ‘Bueno, estas cosas no se enseñan a la gente de éxito, ellos no prestan atención’ me había dicho sonriendo, el hijo de mil putas. Él no tiene la culpa de que yo no duerma, eso era de antes, ¿pero por qué tenía que demostrarme que yo no existo?, ¿es demasiado! ‘Tenés que adueñarte de tu existencia’, me decía. Sí, ya sé, ya sé. Lo hice y me costó todo. No me quejo, pero era más fácil ser una hormiga bajo la tierra, una abeja más del panal, una langosta de la plaga, un hombre en el mundo. No me quejo, y aunque pudiera volver atrás, no aceptaría, ya estoy jugado, y no me puedo dormir. Estoy atrapado en la libertad porque todavía no encuentro a qué atarme. Sí, eso lo entendí bien, la libertad no es estar libre de ataduras sino la capacidad de elegir a qué se ata cada uno. Cómo me metí en esto, cómo empezó todo, es algo que no puedo contar desde mí mismo porque yo era otro, o mejor dicho no existía, y para hablar de ello tengo que estar solo, tan íntimo es”.

IV

Carlos siempre había sido un violento. Su lema era “primero yo”, la única ley que respetaba. No se había convertido en un delincuente porque era demasiado cobarde para arriesgar el pellejo poniendo el pecho. Cuando el país se precipitó en la peor crisis social de su historia, él se convirtió en piquetero. En el anonimato de esos grupos que se enmascaraban y cortaban rutas y puentes exhibiendo sus garrotes a las cámaras de televisión, Carlos encontró su verdadera vocación. Nunca había tenido un trabajo formal, ahora trabajaba de piquetero. Los dirigentes lo habían incluido en un plan social y además le daban veinte pesos por día de piquete, que le quedaban limpios porque comía allí mismo. Había tenido varios hijos con La Gorda, pero Carlos les daba poca bola, apenas recordaba el nombre de un par de ellos. La mayoría estaba con la mujer en el comedor infantil que ella regenteaba, excepto

dos que habían muerto de bebés y el mayor, al que habían bajado en un tiroteo con la policía. En el comedor de La Gorda, supuestamente le daban de comer a los necesitados, pero la verdad era que comía su familia y la de otros piqueteros. Los comerciantes al principio no se negaban a donar mercaderías para que funcionara el comedor, es más, lo hacían de buena gana para colaborar. Cuando se dieron cuenta de cómo venía la mano, no se animaron a retirar su apoyo que se había convertido en un derecho adquirido, para no convertirse en blanco del resentimiento de esa gente que era capaz de agredir a los vecinos y comerciantes proclamando que defendían al pueblo, a los humildes. La sociedad toda hablaba de ellos, los cortes salían por la televisión y si había algún choque violento con la policía, la promoción estaba asegurada. Carlos nunca se había sentido tan importante, ahora no veía pasar la historia, era uno de sus protagonistas. Si algún automovilista atemorizado o enfurecido trataba de traspasar la barrera, recibía una andanada de piedrazos y palazos, y su vida corría peligro si lo agarraban. Ahora la policía no intervenía, los dejaba hacer. El gobierno no quería garantizar derechos de los demás ni hacer cumplir la ley a esta gente, porque si había resistencia y alguien salía herido o muerto, lo convertían en un mártir y la violencia se redoblaba. Los dirigentes de los piquetes se desesperaban cuando pasaban seis meses sin que les mataran a nadie. Carlos no era importante en esa estructura política, manejaba un pequeño grupo que salía a cortar una de las avenidas de la ciudad. Quemaban neumáticos liberando inmensas nubes densas y negras, amenazantes como la peste, recolectaban dinero y mercadería con histrionismo intimidatorio que incluía miradas torvas y capuchas siniestras, y se sumaban a las movilizaciones generales para las cuales llevaban a toda la familia, especialmente a los chicos para ponerlos por delante en caso de un enfrentamiento. El gobierno era demasiado débil para hacer algo y por otra parte la gente tampoco se sentía representada por él. Esta situación llevaba tres años y parecía que duraría mucho más. Carlos no influía en las decisiones, no era conocido, era como

el capitán de una nave muy pequeña en una gran armada. Manejaba su minúscula cuota de poder y eso lo hacía sentir orgulloso. Siempre había sido un don nadie a quien explotaban en alguna changa esporádica. Morocho, de aspecto imponente, ni siquiera sabía expresarse con propiedad. Pero ahora era distinto, ahora era un jefe de piquete.

El ministro del interior había tenido que renunciar y Carlos se sentía eufórico. A una semana de los desmanes que los piqueteros junto a organizaciones de extrema izquierda habían provocado en la legislatura, el presidente de la Nación había hecho saltar el fusible. Carlos, que hasta hace un par de años atrás no era nadie, había tenido un papel importante en los hechos. También había salido por televisión comandando a su gente, dando el ejemplo a la cabeza de los destrozos de las puertas y ventanas del histórico edificio. No pudieron ingresar porque los mismos empleados defendieron el lugar, primero con las mangueras contra incendio, luego a los golpes. La policía no intervino porque el gobierno seguía con miedo de que lo acusaran de reprimir y esto envalentonaba más a los agresivos. Horas después la policía arrestó a algunas personas que pasaban por las cercanías y nada tenían que ver con los incidentes. Luego de unos días todos eran dejados en libertad sin cargos, pero ello le permitía al gobierno decir cosas tales como que “fueron arrestadas veinte personas y puestas a disposición del juez de turno”. Esta vez la opinión pública les fue muy desfavorable a los piqueteros, y como Carlos había sido el más fácilmente identificable, para que las acusaciones de la justicia no pasaran a mayores, decidieron entregarlo y echarle la culpa diciendo que nada tenía que ver con sus organizaciones. Carlos colaboró porque le explicaron que así se hacía la política, que luego no solo recuperaría su lugar sino que vería aumentado su prestigio y se convertiría en un dirigente importante. Ahora era el momento de hacer sacrificios y le tocaba a él. Aceptó con la convicción de que se convertiría en el prócer de los piqueteros, y no se dio cuenta de que lo habían usado hasta dos años después, cuando salió de la cárcel y nadie le dio bolilla. Se encontró con que de la gente

que conocía no quedaba nadie. Algunos se habían ido, otros habían sido desplazados, otros comprados militaban en la causa opositora, y él era de vuelta un don nadie. El rencor pasó a controlar su existencia. Lo habían traicionado, engañado como a un boludo, y él se había dejado. Había sido usado como un objeto descartable, un forro propiamente.

V

A la Gorda no la crió su madre, la crió su abuela. Ya eran seis hermanos en la casa, no se los podía mantener a todos, de forma tal que cuando nacieron las mellizas, una fue a parar a la casa de una tía y la otra a la casa de la abuela. A la Gorda le tocó la abuela y así creció, teniendo con su madre una relación de tía y con su abuela una relación de madre. Su hermana vivió muy poco, no llegó a conocerla. Su abuela era una mujer vieja y cansada, pero entre los pobres era frecuente que se hicieran estos arreglos como una simple táctica de supervivencia. Su abuelo no fue un padre viejo, fue un abuelo indiferente y aburrido de la vida. La casa tenía un terreno con una huerta y gallinero. No pasaban hambre aunque vivían rigurosamente al día. La mandaban a la panadería a comprar pan de ayer, y la única ropa más o menos decente se reservaba para ir a misa los domingos. Ella nunca le encontró sentido a esas ceremonias reiterativas, con gusto no hubiera pisado más la iglesia, pero su abuela no lo hubiera tolerado. Esa vieja española era temible, tan ignorante como implacable, había venido del otro lado del mundo a cuidar a un pariente enfermo, y la pobreza no le había permitido volver. Acá fundó su familia y no volvió a ver ni a sus padres ni a sus hermanos. Se escribían, por supuesto, pero tampoco era fácil. Sólo el tiempo pudo vencerla. La Gorda dejó la casa en cuanto tuvo edad y fue un alivio para sus “viejos-viejos” y también para ella, ya que sin ninguna mala intención siempre se le hizo sentir que estaba viviendo allí de prestado. Se juntó con Carlos, otro paria con quien

al menos compartir la pobreza. Con él tuvo un hijo tras otro durante varios años.

VI

Corina no era capaz de conservar un trabajo durante algunos meses. De inmediato echaba mano de cualquier beneficio, que reclamaba aunque no le correspondiera. Toda clase de excusas eran presentadas con tal de faltar, irse antes o entrar más tarde, y Paqueta, que cumplía un papel central en las argumentaciones de Corina, era cada vez menos eficaz porque se había convertido en una criatura antipática y maleducada. Desde la primera vez que la echaron, Corina hizo juicios laborales. Descubrió que la legislación, en su intento de proteger al trabajador, le garantizaba enjuiciar en forma gratuita a cualquier empleador. También había cantidades industriales de abogados que repartiendo volantes o pegando cartelitos en las estaciones terminales, ofrecían sus servicios gratuitos. No costaba nada mandar una carta documento pidiendo una fortuna por un despido, e iniciar un juicio cuando sus pretensiones eran rechazadas. Si el empleador era un comerciante o una pequeña empresa, rápidamente se daba cuenta de que los gastos para defenderse incluían los honorarios de sus abogados, los sellados e impuestos ante la Justicia, los peritajes contables, todo lo cual debía pagar de su bolsillo durante el juicio y antes del fallo. Se redondeaba así una suma interesante, que era en realidad lo que buscaban este tipo de extorsionadores legales. Entonces el empleador pagaba una plata que de todas formas perdería, y se evitaba el juicio, la pérdida de tiempo y la posibilidad de perder, que aunque lo asistiera la verdad y la razón siempre existía en la justicia argentina. Corina se quedaba con la mitad de esa plata, y entre lo poco que trabajaba y tres o cuatro juicios por año, lograba mantenerse. Fogueada en este asunto de los juicios laborales, logró amedrentar a su hermano para que le de-

volviera algo de lo que le había estafado tiempo antes al quedarse con la empresa familiar, y así se hizo de un pequeño capital.

VII

Gabriel sabía decir lo justo en el momento exacto. No lo había aprendido así nomás. En el camino se había tenido que desprender de su padre, y sobre todo de su abuelo, que marcaban su vida con la adherencia del fuego. Ese abuelo —Don Enrique— era un gallego extremadamente culto, que hablaba varios idiomas y en su primera juventud había recorrido Europa comerciando la producción de una fábrica de conservas, propiedad de su familia. De pronto se había ido sin dar explicaciones, para aparecerse en una provincia del interior de la Argentina trabajando para un banco que daba préstamos a los chacareros para endeudarlos y quitarles sus tierras. Cuando alguno pretendía resistirse, aparecía Don Enrique para convencer a los menos sumisos de que se dejaran de joder. Desde Estados Unidos se había hecho traer una Colt 45 —que se había comenzado a fabricar apenas un par de años antes— hasta el otro lado del mundo, donde todavía reinaba el cuchillo y la pólvora negra. Con esa herramienta y su coraje despreciativo alimentó durante años las leyendas de la zona y se convirtió junto con sus extravagancias de sibarita, en el punto de referencia permanente de su descendencia. Don Enrique sabía disfrutar de la vida, aunque no la valoraba en absoluto. Se había hecho cavar un pozo profundo a modo de aljibe, para mantener fresco el vino fino que le enviaban desde lugares distantes. Se bañaba todos los días, lujo insólito para esas épocas y lugares, y de vez en cuando convertía algún chimango en una explosión de plumas en pleno vuelo, enfundando su mítica 45 antes de que nadie pudiera observarla. Todo el que hablaba con Don Enrique bajaba la cabeza disculpándose por importunarlo. Pasando los cuarenta se casó, más para dejar hijos que para formar una familia. Su mujer provenía

de una familia acomodada y tenía una pequeña fortuna que Don Enrique se encargó de dilapidar con sus negocios irracionales. Compró un barco hundido con la intención de reflotarlo, luego unos olivares a los que les faltaban años de maduración para empezar a producir, y terminó su actuación empresarial instalando la primera usina de la provincia, en un lugar donde ningún habitante tenía un solo artefacto eléctrico. Tuvo dos hijos que crió con rigor. Al mayor lo llamó Daniel y le hizo sentir que ante él sólo era una criatura débil y despreciable. Daniel se amoldó a su papel hasta con el físico ya que salió morocho y petiso, todo lo contrario de su padre, y pronto aprendió a justificarse por sus limitaciones físicas e intelectuales. Con la mirada perdida y la cabeza gacha, solo dejaba de tomarse las manos a la espalda para con un rápido movimiento llevar la mano derecha a los genitales y tocarlos dos veces rozándolos apenas, acción que repetía a intervalos regulares automáticamente. El segundo hijo de Don Enrique, fue el padre de Gabriel y vaya a saber por qué, le pusieron también Enrique. Gabriel pensaba que era raro ponerle el nombre del padre al segundo hijo, pero éste fue un verdadero príncipe, alto, de rasgos hermosos y con una inteligencia superior, creció entre halagos y grandes expectativas. También se casó de grande y mientras Gabriel fue un niño, lo consideró como un super-hombre. Y así se sentía Enrique, que cuando derrochaba dinero decía “soy Onasis”, cuando manejaba decía “soy Fangio”, e inclinaba la cabeza cuando pasaba bajo un puente, como si veinte o treinta metros de altura no alcanzaran para que él lo atravesara erguido. Ese había sido el padre de Gabriel, ese había sido el hombre que de tanto en tanto sin saberlo hacía magia con el Sol de Noche.

VIII

Carlos se mamaba de vez en cuando, pero después de su liberación no encontró otra salida a su frustración que vivir permanentemente en

pedo. Ya a la mañana iba tambaleándose a comprar cualquier cosa que tuviera alcohol. Se dejaba la bicicleta olvidada en la vereda del almacén y se la devolvían al otro día, así que Carlos alternativamente un día iba en bicicleta y volvía a pie, al otro iba a pie y volvía en bicicleta. La Gorda siempre le daba algo de comer y se encargaba de los chicos. Un día que volvía caminando, estaba tan mareado que se sentó en la vereda contra la pared de una casa, donde siguió tomando directamente del cartón, como hacía siempre. De la poca gente que pasaba a esa hora, un hombre de unos cincuenta años se quedó mirándolo. Carlos tuvo que dejar de tomar y prestarle atención, pero el hombre no decía nada. Esperaba alguna recriminación, ya fuera por el triste espectáculo que da un hombre convertido en despojo social, o porque le molestaba que alguien se quedara a tomar en la vereda de su casa. Pero el hombre no hablaba, no hablaba hasta que habló, entonces dijo “¿Sos vos el que está tomando?”, y se fue. Carlos se quedó quieto y silencioso. Apretaba el cartón pero no tomaba, y así estuvo varias horas hasta la noche. Dejó el cartón, que todavía tenía algo de vino, y fue a su casa a sentarse en silencio como si su mente estuviera bloqueada. Estuvo una semana así y luego dijo “¿Soy yo el que está tomando?”, y estuvo otra semana así. Luego se bañó, se afeitó, y con una vieja guadaña oxidada por el desuso cortó el pasto de las veredas de tierra, que ya se habían convertido en matorrales. Cortó el de su casa y el de toda la cuadra. Carlos se volvió muy activo. Otra vez conseguía changas, pero ahora las llevaba adelante con eficiencia y energía, así que los vecinos comenzaron a recomendarlo y cada vez tuvo más. Siempre, antes de hacer algo, aunque fuera mover un objeto de un lugar a otro, tomar un vaso de agua, y hasta con cada bocado, se detenía unos segundos y se quedaba como absorto. A veces sus labios se movían casi imperceptiblemente como quien piensa algo para sí. Llamaba la atención su comportamiento, porque semejaba un retardo en cada una de sus acciones, por más pequeña que esta fuera. Pero como de todos los defectos que había tenido era el único que le quedaba, la gente se acostumbró rápido.

Además Carlos se había vuelto una persona agradable, con buena disposición, que con su alegría serena era bien recibido en todos lados. La Gorda al principio estaba desconcertada, pero era mucho mejor este Carlos que el anterior. Ella no había influido en el cambio, nunca se le hubiera ocurrido decirle a nadie cómo tenía que ser. En su ingenuidad pensó que tal vez le habían hecho un exorcismo. No confiaba en que la mejoría fuera a durar, pero era mejor así sin duda. Luego de unos años, fue dejando de temer la recaída y comprendió que el Carlos de ahora era para siempre.

IX

A un año de su repentina conversión, Carlos había mejorado mucho. Siempre estaba limpio y bien afeitado, prolijo, con ropas humildes pero dignas. Había dejado las changas por un puesto de peón de taxi. Ganaba poco pero consideraba este trabajo un placer. Paseaba por toda la ciudad y los pasajeros no lograban alterar la calma que Carlos cultivaba con esmero anteponiendo su murmullo ininteligible para los otros, antes de cada acción o pensamiento. Trabajaba de noche, que era el turno que todos sus compañeros evitaban por la inseguridad. Él lo prefería ya que había menos tránsito y en ocasiones manejar se transformaba en una experiencia mística, con las calles desiertas, escuchando buena música, y más cuando había llovido y el aire se volvía tan transparente y se sentía el aroma a tierra húmeda, aunque todo fuera asfalto. El peligro lo conjuraba con su murmullo, luego del cual fijaba la vista en quien le hacía señas y paraba o no según el impulso del momento. Nunca le iba a tocar que lo asaltaran, era como si la suerte se pusiera siempre de su lado. También le pasaban viajes por radio, y con frecuencia le tocaba traer a Corina de alguna de sus reuniones. Mientras a Corina se le desbordaban las palabras, Paqueta se paraba en el asiento ensuciándolo, respondía con insultos y manotazos los espo-

rádicos intentos de su madre para que se comportara, y comía incesantemente de una enorme bolsa de papas fritas llenando de migajas aceitosas el coche. Corina hablaba desafortadamente durante todo el viaje “Que había que dejar de pagar la deuda externa, que tendría que haber pena de muerte para los delitos graves, que había que mandar a los desocupados al campo a sembrar, que a los chicos sin familia había que hacerlos entrar al Ejército, que a los violadores había que castrarlos antes de matarlos”, y muchas otras lindezas que salían como vómitos de su boca. Tenía soluciones para todos los gustos y para todo problema del país o de otras personas. Estaba eufórica, había mejorado su nivel económico sin ayuda de nadie. Una vez le propuso a Carlos un negocio:

—¿Usted trabaja en blanco?

—Sí, todo legal.

—¿No quiere hacerle un juicio a la mandataria?

—¿Qué?

—No le cuesta nada y yo le pongo un abogado experto, le salgo de testigo y consigo los que hagan falta. Le cobro una comisión por lo que saque, no arriesga nada, trabajos como este se consiguen enseguida.

—No gracias, prefiero seguir como estoy.

Corina se encogió de hombros y masculló algo así como “Hay gente que no quiere progresar”. Carlos no se inmutó, le divertía pensar que también le cobraría comisión al abogado. No le molestaba llevar a esa mujer a su destino, pero ese era el único trato que quería tener con ella.

X

La Gorda dirigió el comedor comunitario durante más de tres años. Al principio hacía todo el trabajo, pero pronto se sumaron otras mujeres que encontraron allí un paliativo para darles de comer

a sus hijos y tenerlos al menos una parte del tiempo contenidos en un lugar. Provenían todos de familias que se habían desintegrado por el impacto de la tremenda crisis económica. La autoridad de La Gorda fue indiscutida durante el primer año, luego comenzó una sordida lucha de poder que La Gorda detectó y decidió ignorar. Cuando su posición se hizo insostenible, se alejó. No quería perder tiempo ni fuerzas en semejantes tironeos. Podía seguir mandando a sus hijos a comer allí, pero cada vez era menos necesario porque la economía mejoraba y porque Carlos había vuelto a trabajar retomando su lugar como sostén de la familia. Algunos se indignaron por su desplazamiento, pero La Gorda lo veía como algo natural. Como si el destino la recompensara, pronto encontró un trabajo en una casa cercana, donde vivía un solitario tenido por gran profesor, aunque nadie podía precisar dónde enseñaba ni en qué materias era autoridad. La casa del señor Gabriel no era muy grande, apenas tres habitaciones atestadas de libros y papeles. Si bien el hombre era muy cuidadoso de su apariencia, la casa estaba cubierta de polvo, que era el único tipo de suciedad a la que el señor Gabriel no prestaba atención dejando que se acumulase durante años. Ella iría por la mañana temprano, para lo cual le fue entregada una llave de la casa porque el señor Gabriel se pasaba la noche leyendo y estudiando, y se levantaba al mediodía. Limpiaría, le prepararía el almuerzo y debía dejarle algo hecho para cenar. Así que se iba apenas limpiaba los trastos luego del almuerzo-desayuno del señor Gabriel. Le quedaba el resto del día libre, recibía un sueldo, y el hombre no parecía para nada problemático. Iba a ser fácil, mucho mejor que el comedor comunitario. En su primer día de trabajo La Gorda le sugirió al señor Gabriel que vendría bien tener una aspiradora. Él se sorprendió, nunca se le había ocurrido, ¡era una idea genial! Al otro día La Gorda encontró una enorme aspiradora nueva a su disposición. Se notaba que lo único que le interesaba al señor Gabriel era que no lo jodieran mientras estudiaba. Trabajó en la casa durante muchísimo tiempo en armonía

total con el señor Gabriel, a pesar de que prácticamente no intercambiaban palabra. De su trabajo él nunca dijo nada, solo una vez le comentó “Soy como Fausto, hasta encontré mi Mefistófeles”. La Gorda contestó amable “¿Voy poniendo la mesa?”. Al señor Gabriel ni siquiera le molestaba que llevara a sus tres hijos más chiquitos. Ellos tocaban los libros, y en una ocasión rasgaron algunas hojas de uno de ellos. La Gorda no sabía como reaccionaría el señor Gabriel, que para su sorpresa no le dio importancia. Si no tenía importancia, ella no llegaba a comprender para qué guardaba esos libros en la casa. Él le explicó que una vez que los leía los consideraba tan suyos que no podía desprenderse de ellos, pero los más importantes, los que realmente gustaba de releer y hasta tenerlos entre las manos de vez en cuando, hojearlos al azar, acariciar sus lomos y palmearlos con afecto, esos eran muy pocos y estaban a buen resguardo en su habitación. La Gorda no había leído un libro en su vida y no podía ver la diferencia entre unos y otros. “Éstos son iniciáticos”, le había dicho el señor Gabriel como si eso hubiera podido aclarar algo. Muy amable como siempre, insistió en que siguiera llevando a los chicos, que a la mañana siguiente y de ahí en más, encontraron papel y lápices para dibujar y pintar.

XI

La primera vez que Carlos alcanzó a La Gorda hasta la casa del señor Gabriel, ella los presentó. El señor Gabriel no reconoció a Carlos, ni lo reconocería nunca porque Carlos no le dijo nada de su fugaz encuentro años atrás, en que éste le dijera —“¿Sos vos el que está tomado?”. Sólo le estrechó la mano, no como si fuera un saludo formal, no, la estrechó con fuerza, mirando al señor Gabriel con gesto abierto, deteniéndose unos segundos más de lo acostumbrado para que supiera que ese no era un saludo como cualquier otro. El señor Gabriel se dio

cuenta, pero pensó que este hombre estaba agradecido por el trabajo de su esposa, por el buen trato, por su tolerancia con los chicos. Era así y mucho más, pero Carlos no se animó a decírselo, aunque de ahí en más llevó a La Gorda casi todas las mañanas. Ya no hacía esos pequeños movimientos con los labios antes de hacer algo. Habían ido disminuyendo hasta transformarse en un temblor imperceptible. El retardo en la acción permanecía. No se dio cuenta de que debió haberle dicho hasta muchos años después, cuando el señor Gabriel se inmoló de manera ridícula en su búsqueda de trascendencia. Nadie lo entendió, ni siquiera el hermano entendió lo que había sucedido hasta mucho tiempo después. Pero en ese momento Carlos no sabía, pensó que tendría tiempo para animarse o que encontraría una oportunidad para decírselo. No sabía que el señor Gabriel iba a morir. Era ridículo, sabía que todos vamos a morir, pero no sabía que el señor Gabriel iba a morir, y dejó pasar el tiempo víctima de su propia espera. Siempre hay que hablar, siempre hay que decir —se recordó desde el día de su muerte— sobre todo cuando es para agradecer. Así que la relación entre Carlos y el señor Gabriel fue de vista, a la distancia.

XII

Corina se ganaba la vida sin remordimiento alguno. No era inmoral, era amoral. Pero con lo que obtenía no le alcanzaba, tenía aspiraciones de lujo y no quería que Paqueta se viera privada de todo lo que ella había conocido y disfrutado en su infancia. Encontró otro trabajo que le resultó muy lucrativo.

Iba hasta una dirección a recoger un sobre que entregaba en otra dirección. Lo hacía con un desparpajo total, ¿quién iba a sospechar de una mujer de alta sociedad que iba con una nena tan adorable como su hija? La única prevención que tomó fue llamar a distintas remiserías. Sus ganancias aumentaron extraordinariamente y pronto se vio dele-

gando entregas. Se había convertido en una importante distribuidora de coca. No le preocupaba ningún peligro, las preocupaciones no eran para una mujer de mundo como ella.

XIII

Carlos contemplaba la triste plazoleta. Apenas quedaban rastros de césped y la tierra gris, resquebrajada e impermeabilizada por su desnaturalización ciudadana, había dejado coagular el charco en su superficie. Era la sangre del Renguito, uno de los chicos que hacían entregas para esa mujer tan desagradable que siempre andaba de un lado a otro con su hija. Uno de sus hijos tenía la misma edad que el Renguito, eran amigos, los dos habían entrado al mismo negocio. Este era de los primeros hijos, de los que más había desatendido en su época de caricatura política y de borracho perdido. La policía los había sorprendido, y el Renguito no pudo correr. Siempre arreglaban y cuando no, en menos de 48 horas estaban en la calle. ¿Quién iba a pensar que el Renguito iba a ser tan idiota como para sacar un arma? Buscaban ahora a su hijo como testigo. No lo iban a encontrar, quizás él mismo no lo volviera a ver. Pensó en vengarse de la mujer, lo pensó varios días. Delatarla, tenderle una trampa, algo. En un viaje que le tocó con ella y que no rehusó para poder estudiarla, se dio cuenta de que de eso se encargaría Paqueta. Ese ser repulsivo, hija del egoísmo, que comenzaba a entrar en la adolescencia despuntando una voluptuosidad nauseabunda, iba a ser el peor castigo de su madre. No fue consuelo de tonto para justificar quedarse sin hacer nada, fue una certeza que le entró a Carlos cuando al mirarla por el espejo retrovisor se cruzó con sus ojitos de animal. Carlos le sonrió y Paqueta le contestó sacándole la lengua, una babosa gigante y pastosa que solo servía para pedir cosas y articular insultos. Carlos se tranquilizó un poco y recobró su murmullo. Esa noche trabajó como siempre. Le venían a la memo-

ría imágenes de su infancia, traídas seguramente por la contemplación de ese pedazo de tierra seca, estéril, que ni siquiera había sido capaz de absorber la sangre del Renguito. Sentía el humo de la leña que su madre quemaba para cocinar mendrugos y se le pegaba hasta en la ropa. La comunicación con monosílabos, centrada en las necesidades inmediatas, fragmentando aquí y allá los silencios interminables. ¿Quiénes habían sido sus padres y sus hermanos? No lo sabía, nunca los había conocido aunque se había criado con ellos. Quiso espantar los recuerdos como si fueran el humo que le abombaba la cabeza, quiso salirse como cuando se alejaba de ese fuego que lo envenenaba. Volvió cansado a su casa, mucho más cansado que de costumbre, con el alivio de saber que lo peor había pasado. Se había salvado otra vez.

XIV

En cambio La Gorda fue implacable. Ya sabía quién era Corina, y había tenido muchas discusiones respecto a ella con el hijo huido que ahora consideraba perdido. Ella no sabía que su marido ya la conocía, y Corina por su parte nada sabía de la vida de Carlos y La Gorda. Una noche Corina fue emboscada al llegar a su casa.

—¡Traficante de mierda! —gritó metiéndole en la cara una botella rota que empuñaba del pico. No fue una herida grave, apenas unos cortes que sangraron profusamente, pero Corina gritaba como si la estuvieran descuartizando y Paqueta se sumó con el desagradable ulular de su voz de pito. La Gorda se borró en un instante, y Carlos se enteró del ataque días después.

—Fui yo —lo asombró ella. Carlos no supo qué decir y La Gorda le aclaró—: Por el Renguito, pero más por nuestro hijo, —luego siguió con sus cosas como si no hubiera dicho nada.

Carlos no se inquietó, habían pasado varios días y si la policía no había venido era porque no tenían idea. Pensó decirle que

se había arriesgado demasiado pero La Gorda lo atajó antes de empezar:

—¡Ni me hables de la Justicia!

Y Carlos le hizo caso, pero se sentía extraño, no había tenido que esperar a que Paqueta ajustara cuentas con su madre, La Gorda se había cobrado el alejamiento del hijo y probablemente si no hubiera estado Paqueta de por medio, Corina hubiera sido degollada. Sin embargo, Carlos no se sentía mal por no haber hecho nada aún mientras su mujer tomaba la venganza en sus manos. Se daba cuenta de que había perdido la ferocidad, no solo para hacer, hasta para pensar la había perdido. Era extraño, pero le parecía que cada cosa que perdía lo enriquecía. A Corina el incidente la aterró. Las heridas le habían dejado varias cicatrices y no podía olvidar lo que le habían dicho, así que le quedaban claras las razones de su ataque. Se desligó rápidamente del floreciente negocio cediendo la coordinación del pequeño grupo juvenil que había armado al más avisado de los muchachos, que seguramente en poco tiempo igual la hubiera sacado del medio.

XV

El dueño de la agencia de remises era una leyenda en el barrio. Carlos no mencionó nada del asunto, rareza que de inmediato le cayó bien a su patrón. Lo que había resultado determinante era la disposición de Carlos para escuchar. Cuando era chico, Walter había presenciado un accidente entre un auto y un camión que transportaba sifones y había volcado desparramándolos por la calle. Eran de grueso vidrio verde y estallaban como bombas. El auto comenzó a humear y Walter, que no tendría más de ocho o diez años, con algunos de los sifones sofocó las incipientes llamas. Ello dio tiempo para que los vecinos ayudaran a salir a una familia completa que de otra forma hubiera muerto quemada. Walter recibió el reconocimiento público, fue tratado como un héroe,

salió en el diario local, le entregaron una plaqueta los funcionarios municipales que se florearón con discursos plenos de oquedades, y cargó el resto de su vida con la fama de niño heroico. Hicieron falta muy pocos años para que todo esto lo comenzara a molestar, pero no podía despegarse de esa historia y tuvo que resignarse como si fuera un defecto físico intratable. No importaba que el auto en realidad nunca se hubiera prendido fuego, no importaba que él le había vaciado un sifón solo por joder ni tampoco importaba que en el coche no viajara una familia completa sino un corredor de fiambres apurado, pasado de cansancio y con alguna copa de más. Lo que todos sabían y como todos lo conocían era la verdad. De ahí el fastidio de Walter con esa historia que había quedado atrás en su pasado y de la que ya no se podía aclarar nada, solo soportar con estoicismo que siempre hubiera alguien para recordársela como ridículo homenaje. Descubrió temprano que los héroes no existen ni existieron nunca, que la gente lo estaba usando para satisfacer sus necesidades y que tenía que joderse. Ahora había recibido muy bien a Carlos dándole trabajo sin hacer muchas preguntas. Carlos le cumplía, y en poco tiempo se ganó la confianza de Walter. Lo que más le gustaba a Walter era la parla, así que le venía muy bien una persona como Carlos, que al principio lo escuchó con atención. Walter le hablaba de cuestiones fantásticas, era un fanático de los extraterrestres y le contaba de una próxima invasión que se le había revelado en visiones y sueños. También le explicaba con lujo de detalles la inmensa conspiración de instituciones aeroespaciales y de seguridad de los países desarrollados para tapar todo. Walter tenía la capacidad de relacionar estos hechos con otros de la política actual e incluso de la historia antigua. Así, refiriendo la caída y recuperación de una nave extra planetaria coronaba su discurso preguntando: “¿Y si no, por qué fue la NASA y cercó el lugar para llevarse todas las pruebas?”. Al principio Carlos lo escuchaba asombrado, lo que entusiasmaba a Walter incitándolo a contar más y más. Luego Carlos se cansó, pero encontró cierto alivio en concentrarse en la convicción de Walter, y sobre todo en su honestidad intelectual.

Es que Walter no mentía, pero ignoraba que no podía transmitir con palabras lo que él sabía, fuera realidad o no. No podía hacer que los demás supieran, tan solo que alguno que otro le creyera, pero entre el que sabe y el que cree hay siempre un abismo. A pesar de que no era un hombre de educación Carlos se dio cuenta, pero seguía teniendo estima por Walter, así que se limitaba a aceptar el monólogo como un pequeño castigo a faltas que había cometido en el pasado. Cuando salía un viaje lo interrumpía y salía corriendo hacia el coche como si siempre se tratara de una emergencia. Levantaba la mano hacia Walter cuando ya se había alejado y le gritaba “¡Después seguimos!” a modo de disculpa por dejarlo con la palabra en la boca. Otra táctica fue dejar de esperar en la pequeña oficina el llamado de los clientes con la excusa de fumarse un pucho, porque a la secretaria no le costaba nada pegarle el grito. Un día se dio cuenta de otra particularidad de Walter, que a pesar de que era evidente recién ahora notaba. Al finalizar cada frase Walter hacía una pausa, se inclinaba un poco hacia atrás y ponía cara de asombro. El asombro que buscaba en los demás, lo ponía él con un gesto tan automático como inconsciente. Un día Carlos pensó “El asombro lo tengo que poner yo”, y aunque Walter le tenía las pelotas hinchadas, se quedó a escucharlo y ante su primera afirmación fantástica abrió los ojos y la boca al tiempo que inspiraba como absorbiendo un grito de terror y estiraba los brazos rígidos a los costados, cual si recibiera un choque eléctrico. Se arrepintió de inmediato, había sido demasiado exagerado, brusco, grotesco para ser creíble. Pensó que su jugada le costaría el trabajo porque Walter lo miraba gravemente, pensativo, ¡silencioso! Pensó que se había ofendido y lo iba a echar a patadas en el culo, pero no, le pasó el brazo por los hombros y le dijo en tono bajo, como cuando se quiere sosegar a un caballo:

—Oh, Oh, tranquilo, tranquilo —agregó algunas palmadas que por suerte no fueron en las ancas, y le dijo—: Voy a tener más cuidado con lo que te cuento, vos no estás preparado para escuchar ciertas cosas. No volvió a hablarle más de esos temas, era evidente que temía

hacerle daño y su relación siguió siendo amistosa. Carlos sentía cierta culpa, pero disfrutó muchísimo esta nueva tranquilidad.

XVI

En el período en que Carlos eludió ir a buscar a Corina y su insoportable hija, otros compañeros de trabajo hicieron lo mismo por las mismas razones. Como Walter no quería perder a una clienta que era molesta pero pagaba, comenzó a hacer esos viajes. A él no le cayó tan mal Corina, porque luego de un tiempo dejó de cobrarle y a los pocos meses se estaban casando. Carlos no podía entender cómo Walter caía en las redes de un bicho tan inmundo. No dijo nada, por supuesto, no es algo en lo que quepa opinión alguna. Le causó pena porque pensaba que Corina le iba a arruinar la vida al hombre. Pronto se notó que Walter ya no era el mismo, estaba desganado, triste, indiferente. Carlos consiguió trabajo en otra remisería. No quería ver la declinación de Walter ni oír hablar de Corina. Ahora lo veía de vez en cuando por el barrio y le parecía que Walter se consumía. “Le estará chupando la energía”, pensó él. “Lo está envenenando”, sentenció La Gorda. De una u otra forma Walter se enfermó al punto de dejar de trabajar y Corina se hizo cargo de la remisería. Paqueta crecía rápidamente, era mentirosa, interesada y egoísta como su madre. Carlos se mantenía informado y no podía evitar pensar que pronto tendría que ir al velorio de Walter. Deseaba que Paqueta empezara a hacer de las suyas para que Corina pagara de una vez por toda su maldad. Tenía conciencia de que él no había sido tampoco un buen padre, el destino de sus primeros hijos daba testimonio irrefutable. Pero a los más chicos La Gorda los había criado pegados a sus polleras, y la influencia del señor Gabriel había sido muy beneficiosa. A todos les iba muy bien en los estudios e incluso uno de ellos se había aficionado a la lectura. Cada vez tenía más para agradecerle al señor Gabriel y cada vez se le hacía más difícil,

así que se mantuvo a distancia dejando que todo lo beneficioso siguiera su curso. A Carlos le alcanzaba con tener un trabajo como chofer, no necesitaba más y no era por falta de ambición ya que consideraba que esa paz que se había construido era un verdadero renacimiento, más allá de los dogmas y las religiones. Él tenía algo que ningún multimillonario, ni político, ni famoso podrían comprar jamás. Walter siguió viviendo encerrado y no volvió a tener contacto con nadie. ¿Habría muerto o estaría convertido en un vegetal, era posible que lo que le sucedía se lo mereciera, había elegido? No lo sabía pero no podía hacer nada por Walter, como nadie podía haber hecho nada cuando él se destruía, excepto el señor Gabriel que no había hecho gran cosa en realidad, le había dejado una frase en el momento justo y en el justo lugar y luego había seguido su camino desentendiéndose del resultado. Igualmente era admirable, igualmente le estaba agradecido, pero él no sabía hacer eso, no podía. Había algo en que el señor Gabriel tenía maestría, y eso estaba fuera de su alcance. Así, Walter se convirtió para él en un recuerdo triste.

XVII

Carlos tuvo oportunidad de ver una vez más a Walter. Pasaba por la casa y lo sorprendió mirando por la ventana. Tenía la cortina un poquito corrida con la mano y espiaba dejando ver apenas la mitad de la cara. Carlos le sonrió y Walter le hizo una seña con la mano para que entrara. Le abrió la puerta Paqueta, que ya tenía doce o trece años. Corina no estaba, y se notaba que a Paqueta no le gustaba la idea de hacerlo pasar. La chica lo miró hostil mientras él avanzaba hacia Walter que parecía estar muy bien, al menos físicamente. Se sentaron en los sillones del living, Paqueta los vigilaba de lejos. Cuando Carlos la miró, ella se metió el dedo en la nariz desafiante y Carlos hizo como que no se había dado cuenta.

—Qué bien se lo ve, Walter —inició la conversación.

—Gracias, anduve un poco deprimido pero ya me siento mejor.

—No se lo veía por ningún lado.

—Me aislé, luego fui de a poco retomando mis lecturas —dijo Walter con desgano.

—¡Fueron años!

—Si me hubiera hecho atender lo habría superado antes —se lamentó Walter.

—Pensé que se había enfermado —insistió Carlos.

—La depresión es de las peores enfermedades. Ahora navego por INTERNET, chateo... —Walter se quedó en silencio, como perdido.

—Mucha gente se interesa por los temas que usted maneja —dijo Carlos tratando de entusiasmarlo.

Walter sonrió melancólico y le explicó que ese había sido el origen de la depresión, que ya no investigaba. Se quedaron en silencio mucho tiempo, y Carlos preguntó:

—¿Y ahora qué?, digo, si se puede saber.

—Es simple de explicar pero va a resultar difícil que alguien lo entienda.

Carlos se quedó en silencio pero no con la actitud de quien acepta lo que le han dicho, sino esperando que Walter siguiera hablando. Ninguno de los dos reiniciaba la charla. Carlos miró a Paqueta que los observaba de lejos y al notarlo ella se rascó una de las tetas nuevas buscando alguna reacción en su cara. Carlos sonrió despectivo y desvió la mirada, pero como Walter no arrancaba volvió a mirar a Paqueta que esta vez se rascó el culo mientras sonreía maliciosa. Carlos volvió su atención a Walter, que despatarrado en el sillón parecía un muñeco inflable pinchado. Ante su indiferencia volvió a mirar a Paqueta que esta vez se acarició la concha lentamente, con lujuria. Carlos le devolvió una mirada de desprecio y la voz de Walter lo sorprendió:

—¿Sabés de qué me di cuenta?, de que si tuviera una nave extraterrestre delante, no la iba a poder ver.

Carlos inclinó la cabeza interrogativo y Walter siguió. —Son las leyes de la mente, del pensamiento, más rígidas que las de la física, eso lo descubrí más tarde.

Hubo un silencio casi tan largo como el anterior. Carlos miró una sola vez a Paqueta, que estaba parada contra la pared y atenta esperando ese momento. Ella empezó a mover rítmicamente una de las piernas levemente flexionada hacia fuera y hacia dentro, mientras se pasaba la lengua por los labios. “Pendeja puta —pensó Carlos— es un calco de la madre”.

—¿Lo conocés al señor Gabriel?, él me avivó —terminó Walter sin esperar respuesta.

—¿A sí?

—Ahá, ¿viste las películas de ciencia ficción? Los supuestos extraterrestres son una combinación de humanos, insectos, reptiles, y estructuras de seres microscópicos. Como diría el señor Gabriel, destruyen la realidad de la tierra para construir otra que también es de la tierra. Es que —siguió Walter, juntando fuertemente las manos mientras se inclinaba hacia delante— no podemos pensar ni imaginar nada que ya no esté en nuestra mente, en nuestro pasado.

Carlos se dio cuenta de que Walter ya no hacía sus gestos de asombro y que ahora ni siquiera le interesaba su reacción a lo que decía. Se había quedado en silencio, con la mirada perdida. Intuyó que Paqueta lo esperaba con una nueva provocación, se contuvo de mirarla y dijo resignado:

—Eso sí que no lo entiendo.

Walter retomó la explicación, pero seguía con la mirada perdida como si enfrente ya no tuviera a nadie:

—Como les pasó a las tribus que se encontraban por primera vez con los exploradores y creían que eran dioses porque habían aparecido de la nada. Cuando algunos fueron llevados hasta los barcos se dieron cuenta. Les faltaban demasiados elementos, “registros” diría el señor Gabriel, y ni siquiera los veían. ¿Qué puedo esperar yo con una nave

extraterrestre? Tantos años investigando, estudiando, discutiendo, y al final no importa. Si existen no importa, si no existen no importa — terminó Walter apenas murmurando su desasosiego.

Carlos esperó unos minutos y se levantó para irse. Walter estaba ido, se había perdido en sus pensamientos, así que sin saludar fue hacia la puerta y salió. Tuvo especial cuidado de no volver a mirar a Paqueta. Fue la última vez que habló con Walter, que quince días después se pegó un tiro. Él había pensado que lo estaba destruyendo Corina, pero no era culpa de nadie, ni siquiera del señor Gabriel, aunque ahora veía que sus intervenciones no eran siempre benéficas. Le dolió esa muerte. Walter había hecho mucho por él, y él nunca pudo ayudarlo en nada. Le dolió.

XVIII

La Gorda estaba preocupada, había llegado a tener gran estima por el señor Gabriel, que ahora con su creciente ensimismamiento se aislaba más y más. El único contacto que tenía con el mundo eran ella y los chicos. Se sentía agradecida porque no era casualidad que los tres últimos hijos, que llevaba todas las mañanas con ella, eran los que mejor andaban de todos los que había tenido. Seguían estudiando, y el mayor se estaba leyendo toda la biblioteca del señor Gabriel. Ya no hacían tanto lío, aprovechaban la tarde para hacer los deberes y estudiar porque iban al colegio a la mañana. Al principio el señor Gabriel los ayudaba, pero ya no era necesario y esto lo liberaba para perderse en sus ensueños. Estaba siempre agotado y cada dos o tres horas se dormía profundamente no más de cinco minutos. La Gorda sospechaba que pasaba así toda la noche, y si bien su relación era muy cordial, no tenía la suficiente confianza como para decirle nada y mucho menos darle consejos a un hombre tan ilustrado. El señor Gabriel también se daba cuenta de que pasaba algo tan sutil que no lo captaba intelec-

tualmente. Era un vacío que le crecía en la mente poquito a poco en el lugar dónde debería tener el interés, las intenciones, las ganas. Los conocimientos quedaban indemnes pero así no valía la pena ser sensato. Lo había entristecido el suicidio de Walter, no se sentía culpable pero fue cuando comenzó a germinar la idea de que era tarde para él. Lo pensó mucho de mil maneras distintas y se lo repitió y repitió hasta que finalmente llegó a la convicción de que siempre es tarde. Sostenerse en ello implicaba el final de su vida y él no podía retractarse de sus dichos. Todavía faltaba un tiempo para dejar este mundo jugándose a todo o nada contra el pasado y el futuro, contra sí mismo.

XIX

Pasó algún tiempo más todavía para que Carlos, que nunca decía nada, se animara a encarar al señor Gabriel para agradecerle el favor que le había hecho. El favor no, los favores habían venido después y fueron muchos. La frase, eso era lo que tenía que agradecerle. En una de las ocasiones en que llevó a La Gorda y a los chicos, le hizo una seña para que saliera cuando abría la puerta. Quedaron solos en la calle, La Gorda había entrado previo saludo respetuoso con una leve inclinación de cabeza, y los chicos se mandaron como si fuera su casa, llevándose por delante al señor Gabriel. Él sonreía complacido, no le molestaba en absoluto, sabía que la confianza que se tomaban los chicos provenía de considerarlo de la familia. Al tiempo que le estrechaba la mano Carlos le preguntó:

—¿Se acuerda de mí?

El señor Gabriel se asombró. —¿Cómo no me voy a acordar?

—Yo digo de la primera vez que nos vimos.

—¿Cuando trajo a su señora?

—No, la primera no fue esa, fue mucho antes —terminó Carlos, que sentía que ya eran demasiadas explicaciones. El señor Gabriel

trataba de recordar, Carlos ya no podía volver atrás y siguió—: Hace mucho tiempo yo estaba borracho tirado en la calle y usted pasó y me preguntó si era yo el que estaba tomando.

—No me acuerdo de usted, pero es algo que hago cada tanto. Si alguien se engancha vale la pena.

Carlos se quedó con la boca abierta. Se enteraba de que había entrado por azar en una rutina del señor Gabriel, no era una frase para él, no era algo único que le pasara a él. Suspiró y agregó:

—Es una buena pregunta.

—La pregunta es una tontería, de la respuesta depende. —¿De qué depende?

—De que se haya hecho a quien corresponde en el momento justo en que pueda escuchar. Usted hizo una proeza, lo felicito —terminó el señor Gabriel, dándole una palmada en el brazo y entrando en la casa.

—Gracias —dijo Carlos, pero el señor Gabriel ya no estaba.

Igual Carlos sabía que era importante decirlo.

XX

El señor Gabriel había preparado todo para su partida. Quería que los hijos de La Gorda se distanciaran unos meses antes para atenuarles el efecto de lo que iba a suceder. Le consiguió a la madre un trabajo similar tanto en lo económico como en comodidad y horario. Los chicos ya no necesitaban ir a su casa, que se había constituido en un refugio al principio. Pronto se olvidarían de él, excepto Antonio, con quien se había atado en un lazo eterno. Él sufriría, pero era parte de su vida. Cada uno sufre lo que le toca hasta que aprende. El señor Gabriel tenía un hermano —Alfredo— con quien compartía la propiedad del negocio heredado de sus padres, al cual había dejado de prestarle atención mucho tiempo atrás. Sólo aceptaba que su hermano le pasara un porcentaje ínfimo de las ganancias,

que a él le sobraba para vivir a su manera. Pasaron unos meses en que vio esporádicamente a los hijos de La Gorda. Estaba cada vez más taciturno y reconcentrado. No prestaba atención a su aspecto personal, como si ya no tuviera importancia. Un día se enclaustró y desapareció del barrio.

Luego se supo que su hermano Alfredo lo había encontrado muerto. Hubo consternación en el barrio, aunque todos lo aceptaron como inevitable. El más afectado fue Antonio. Al entierro solo fueron Alfredo y la familia de La Gorda. Al momento de trasladar el cajón, solo había tres hombres, Alfredo, Carlos y Antonio, que a pesar de su edad se aferró a una de las manijas con determinación. Las demás las tuvieron que tomar empleados de la funeraria. Fue un entierro silencioso, sin responso ni flores ni nada de todo aquello a lo que el señor Gabriel no asignaba sentido. Antonio quedó muy triste. Había terminado brillantemente el ciclo primario como el mejor alumno de la clase, el abanderado. A pesar de que no estaban en situación económica, La Gorda y Carlos insistieron en que fuera al viaje de egresados. Creían que podía ayudar a Antonio a superar el mal momento, y consiguieron un pequeño préstamo sin que su hijo se enterara. Era claro que Antonio era el más inteligente de sus hijos y también el más sensible. Carlos no se sentía celoso por el cariño que su hijo había tenido hacia el señor Gabriel, sabía que él no tenía mérito en los logros de Antonio, más allá de la biología. De algo bueno sí era responsable, y era que al darse cuenta de que se producían cambios positivos no había interferido. Eso contaba.

XXI

Antonio se acercó extrañado al grupo de chicos para ver qué era lo que tanto les llamaba la atención. Entre los pastos había un esqueleto. Osvaldo, un celador de poco más de 20 años, les hizo notar lo raros que eran esos restos. En efecto, tenían la parte delantera de un ave, la

cabeza, la caja torácica y las alas. La parte de atrás se prolongaba en una larga columna vertebral que terminaba en una cadera de cuadrúpedo con sus correspondientes patas traseras. Quedaban pocos rastros de tejidos adheridos a los huesos pero se notaba que había habido plumas en esas alas despojadas y algo de cuero con unos pocos pelos marrones más hacia atrás. Entonces dijo Osvaldo con mucha seriedad:

—Esto es extraordinario, solo puede ser el esqueleto de un falinoave, mezcla de mamífero y pájaro. —Y explicó—: Se extinguieron hace muchísimos años pero este esqueleto está muy fresco.

Todos se miraron en silencio conteniendo la emoción, no sabían qué decir, estaban allí, tan lejos de la Capital, en viaje de egresados de la escuela primaria, y en ese momento de ocio luego de almorzar en que no querían ni podían descansar, el grupo de estudiantes estaba de pronto participando de algo trascendente.

—¡No lo toquen! —dijo Osvaldo— no toquen nada hasta que lleguen los científicos del Museo de La Plata.

A Antonio el corazón le estallaba de alegría, esto era realmente importante y él estaba allí, era de los primeros en verlo y quizás en pocos días la noticia diera la vuelta al mundo. Nadie allí ignoraba su interés por las ciencias naturales y los animales. Uno de los chicos dijo:

—Antonio, ¿por qué no le sacás una foto?

Él fue corriendo a la velocidad de su entusiasmo y trajo su cámara. Para no correr riesgos de que las fotos salieran mal buscó un punto de apoyo en su rodilla. Le sacó una foto y luego por las dudas otra y tres o cuatro más. Finalmente se gastó casi todo el rollo en el felinoave a pesar de que sabía que no podría reponerlo hasta volver a casa, pero valía la pena. Habían quedado pruebas irrefutables del hallazgo y de la participación que ellos habían tenido. Pasaron media hora más alrededor de los huesos, tratando de imaginar entre todos cómo sería el animal en vida, haciendo comentarios sobre las repercusiones del descubrimiento en el colegio y en el barrio. Cuando Antonio le preguntó a Osvaldo cuándo iban a llegar del Museo, este no pudo evitar reírse

y al reírse él, todos los demás estallaron en carcajadas. Todos menos Antonio, que no entendía nada. Fue Pedro, su amigo, el que le aclaró las cosas:

—¡No seas boludo, che!, ¿no ves que juntamos los huesos de una gallina con los de un gato?

—¿No querés sacarle más fotos? —preguntó otro de los chicos mientras lloraba de risa.

Antonio los miraba y no podía salir del asombro, era la primera vez que se reían de él en esa forma. Se sintió humillado, herido y traicionado. Los chicos le hacían todo tipo de bromas, a punto tal que ya no identificaba de dónde venía cada una. “¡Hacéme algunas copias del descubrimiento!” “¡Guardá algunas para el Museo!” “¡No lo toques hasta que vengan los científicos!” Y así muchas más que se precipitaban sobre él en catarata ininteligible. Mientras tanto, Antonio estaba todavía asimilando lo que había pasado. Lo habían engañado, todos se habían juntado para hacerle hacer el ridículo. No había sido una broma simplemente, había algo especial en ella, un ensañamiento personal. Para llevarla a cabo había sido necesaria confianza previa, que conocieran sus intereses y su forma de ser, y que lo pusieran en el medio, solo, para recibir la humillación pública. Siguieron un rato más y Antonio solo atinó a contestar con una indiferencia altiva que había ido fabricando cada segundo infinito de su calvario, mediante una concentración absoluta y tenaz. Tenía ganas de llorar pero hubiera sido peor. Durante un par de días habló muy poco, manteniéndose distante de los que había considerado sus amigos y contestando con monosílabos cuando era imprescindible. Se sentía muy solo, estaba arrepentido de haber venido a un viaje de egresados que había empezado mal desde las primeras reuniones para concretarlo. Se había puesto de moda, primero entre los estudiantes secundarios y luego se había extendido a los primarios. Iban a ir a Bariloche con el Padre Eduardo y el preceptor chupamedias de turno, Osvaldo. Se suponía que iban a ir todos, pero fueron desertando

al acercarse la fecha y solo fueron cuatro chicos de séptimo grado a los que luego se les sumaron cuatro más, dos de primer año y dos de segundo, que aunque no tenían razón para viajar, allí estaban con ellos. De sus verdaderos amigos no había ido ninguno. Antonio también había querido quedarse, pero sus padres seguramente pensaron que necesitaba distraerse luego de la muerte del señor Gabriel y lo convencieron de que fuera. Tampoco le gustaba la idea de ir con el Padre Eduardo, ya que era muy severo, no permitía el mínimo desorden o falta de educación. Luego se enteró de que en esas excursiones el Padre se transformaba y ya no era más el vicerrector del colegio. Se volvía alegre y amistoso, y como le gustaba escalar llevaba un equipo profesional. También transportaba un pequeño telescopio, ya que era un astrónomo aficionado y quería aprovechar los cielos del sur. Antonio solía pensar que el Padre sólo sabía dar misa y romperles las pelotas a los alumnos. Tal vez no fuera tan malo. Al fin, se encontró yendo a Bariloche en tren en un viaje que duraba dos días, con chicos que no eran sus amigos, algunos de ellos apenas conocidos. El viaje fue largo y tedioso, durmiendo en los asientos de madera de la tercera clase, comiendo galletas con queso y aburriéndose al cruzar las planicies interminables y monótonas de la Patagonia. Allí Antonio pasó por una experiencia aterradora, que nunca olvidaría y de la que ninguno de sus compañeros de viaje se enteraría jamás. El tren había parado momentáneamente en medio del desierto. El Padre Eduardo le había pedido que le fuera a llenar la pava con agua caliente. Tenía que ir hasta el coche comedor y era una oportunidad para moverse un poco y cambiar de ambiente. Fue contento con el encargo, pero al pasar por el furgón las puertas abiertas dejaron pasar una violenta ráfaga que voló la tapa de la pava a unos diez metros del tren. Era del Padre, no podía perderla, así que se bajó y corrió a recogerla, pero cuando llegaba otra ráfaga la alejó un poco más y así tres o cuatro veces. Cuando por fin la agarró, se dio vuelta y vio con pavor que el tren se ponía lentamente en movimiento, ¡a casi

doscientos metros! Se quedó unos segundos paralizado y luego comenzó a correr con desesperación mientras el tren ganaba velocidad. Era la primera vez que sentía que su vida corría peligro. Logró llegar al último vagón, saltó a la escalera de hierro y logró trepar. Estaba agitado por el esfuerzo y el miedo, y se sintió muy tonto. Ese viaje había empezado mal desde su proyecto, seguido mal en el tren y ahora con la humillación pública del felinoave se ponía insopportable. De los quince días que duraba, faltaban la mitad. Iba a ser difícil. Se mantuvo a la defensiva un tiempo más, pero se alegró cuando les comunicaron que al otro día iban a ir al Cerro Catedral. Lo escalarían por un camino relativamente fácil que usaban los mochileros habitualmente, al otro lado del circuito turístico. Acamparían una noche en una meseta cercana a las cumbres, y a la mañana el Padre Eduardo trataría de llegar a la cima acompañado por los estudiantes que tuvieran fuerzas para intentar la hazaña. No era alpinismo, el cerro apenas llegaba a los dos mil metros, pero sería un tremendo desafío para ellos y una oportunidad de recuperar algo de su orgullo, porque las cosas se iban a poner feas y Antonio iba a demostrar que era mejor que todos los que se habían reído de él. No solo eso, iba a tener a Pedro a su merced, totalmente indefenso, aterrado y dependiendo de él para sobrevivir. Pero eso Antonio todavía no lo sabía. Subieron al cerro por senderos apenas visibles que de cuando en cuando mostraban alguna flecha de pintura roja sobre la piedra. Cruzaron pequeños arroyos de montaña por puentecitos improvisados con algún tronco, a veces alguna pendiente empinada y en todo un día de marcha llegaron hasta las cercanías de los picos más altos y armaron las carpas en el valle nevado. Allí hicieron noche cayendo inconscientes por el cansancio. Al otro día el Padre eligió a Pedro y Antonio para que lo acompañaran a hacer cumbre. Eran apenas trescientos metros más, empinados a sesenta grados y cubiertos por un manto de nieve blanda en la que se enterraban hasta las rodillas. Subieron zigzagueando de tal manera que la distancia se quintupli-

caba, pero cuando faltaban escasos cincuenta metros, Pedro empezó a sentirse mal, tanto, que debieron detenerse a descansar. Le ardían los ojos y decía que no veía bien. Esperaron veinte minutos pero Pedro solo empeoraba. El Padre se quedó pensativo y Antonio se dio cuenta de que estaba haciendo cálculos. Finalmente tomó la única decisión que podía y comenzaron el dificultoso descenso de inmediato. El Padre sabía lo que estaba pasando. En su inexperiencia en la montaña los chicos no habían llevado anteojos para el sol y el reflejo en la nieve los había afectado. Aunque la ceguera de Pedro era pasajera, en la cima del cerro podía tener resultados catastróficos para el pequeño grupo aislado de toda ayuda. Los demás habían sido afectados en mucha menor intensidad pero si no bajaban pronto, iban por el mismo camino. Llegaron agotados y frustrados al campamento y en las maniobras para sujetar a Pedro se rompió la correa de la cámara de Antonio, que rodó a los tumbos por la ladera para perderse en pedazos al fondo del valle. Parecía mostrarles lo que les podía pasar a ellos si se descuidaban. Antonio la había llevado para sacar una foto desde la cima pero no se apenó mucho por la pérdida. Todavía la cámara llevaba en su interior las pruebas del último felinoave y estaba asociada a su humillación igual que Pedro, ese traidor que pocas horas antes se reía de él y ahora bajaba de su brazo, tembloroso, pálido y con pasos inseguros. No podían iniciar la bajada final de la montaña y el Padre decidió que se quedaran una noche más allí con la esperanza de que Pedro mejorara un poco y fuera menos peligroso. El alargue no estaba previsto, no había comida, tendrían que aguantar la noche helada y hasta el atardecer del día siguiente sin comer. Los chicos se quejaron y lloraron, pero Antonio se sintió reconfortado. Lo habían elegido para llegar a la cumbre porque era el que en mejores condiciones estaba y habían fracasado, por culpa del que más se había burlado de él. También había ayudado a llevar a Pedro al campamento y ahora estaba rodeado por sus compañeros que gimoteaban de hambre como si no hubieran comi-

do en una semana mientras él permanecía tranquilo, dueño de sí mismo, observando el sufrimiento de sus compañeros con indiferencia. Tuvo ganas de decirles “¿Por qué no se ríen un poco de mí?”. Prefirió admirar las montañas lejanas mientras durara la luz de día, y las nubes que pasaban tan cerca, algunas un poco por arriba, otras un poco por abajo. Cuando la niebla lo envolvía, era que la nube pasaba por él. Antonio empezaba a disfrutar. Al otro día Pedro quedó totalmente ciego. Algunos de los chicos decían que no veían bien y a Antonio le pareció que era sugestión. No los consoló, no los tranquilizó, sólo les sonrió condescendiente. Le iba creciendo adentro una sensación de desprecio hacia todos ellos a medida que se sentía cada vez más fuerte. El Padre Eduardo estaba turbado, era evidente que se sentía culpable. Él tenía cierta experiencia en la montaña y no había previsto que alguno de los chicos tuviera inconvenientes con la nieve. No había previsto muchas otras cosas que hubieran podido pasar, había delegado en el celador el cuidado del grupo mientras él se dedicaba a disfrutar de la excursión. Así fue que el Padre amaneció culposo, Osvaldo desconcertado y todos los chicos quejosos y llorones. Pedro estaba paralizado de terror y Antonio estaba casi eufórico pero lo disimulaba. Bajaron todos juntos y hubo que llevar a Pedro del brazo. Subir había tomado más de ocho horas, deberían haber bajado en dos o tres pero les tomó más trabajo bajando a su compañero ciego. Se turnaron de a ratos entre el Padre, el celador y Antonio para guiarlo. Los demás no podían ayudar, era suficiente con que no se convirtieran también en una carga. Antonio lo llevó a Pedro tomado del antebrazo izquierdo, fingiéndose solícito y preocupado y permitiendo que diera pequeños pasos en falso y más tropezones de los necesarios. En un par de ocasiones le advirtió de un obstáculo instantes después de que se lo llevara por delante. Llegaron por fin a la ruta y el Padre se adelantó con Pedro al hospital en un auto al que le habían hecho dedo. Los demás siguieron caminando, les faltaban diez kilómetros por la banquina. A mitad de camino un camión los

levantó. Había llevado pescado y el piso estaba engrasado. Hicieron equilibrio parados en la caja, cambiaban más de una hora de sufrimiento caminando por cinco minutos así. No fue un retorno victorioso. Recién al otro día volvieron el Padre Eduardo y Pedro, que recuperaba la vista y en tres días estaría bien. El Padre había suspendido la subida al Cerro Otto. Harían alguna excursión de las fáciles antes de volver a casa. Era una lástima, a Antonio le hubiera gustado repetir la experiencia. Algo había ocurrido en el grupo, estaban apesadumbrados y nadie sabía con exactitud por qué.

—Porque se lo perdieron —les aclaró Antonio cuando subían al tren para volver, y prosiguió—: Allí arriba, en el último atardecer cerca de la cima, yo lo vi. Mientras ustedes se lamentaban y lloraban, entre las nubes que nos pasaban cerca, desde los picos de las montañas cercanas lo vi pasar volando majestuoso, elegante, dueño de los cielos, al felinoave. —Hizo una pausa y agregó—: Todavía no se extinguieron, queda el último y cuando muera algo más terminará para siempre.

Nadie se rió, nadie se burló ni dijo nada. Antonio tampoco, entre ellos ya no había más nada que decir.

XXII

La Gorda estaba contenta. A Antonio parecía haberle caído bien el viaje, seguía algo triste pero se lo veía más aplomado y sereno, como si hubiera encontrado algo suyo en un viaje que era para divertirse. Ella no razonaba todo esto, lo intuía y con eso le sobraba. Antonio no le comentó nada más allá de lo común, en cambio a su padre sí le contó. A pesar de que eran prácticamente extraños el uno para el otro, a pesar de que su padre no tenía prácticamente educación formal, a Antonio le pareció que era el único que podría comprender lo sucedido. Ahora que no estaba el señor Gabriel, se

daba cuenta de que su padre también comprendería. No se equivocó, Carlos no comentó nada pero Antonio supo que había apreciado los sucesos del viaje en todo su significado. A cambio, Carlos le contó su primer encuentro con el señor Gabriel. Antonio se asombró al principio, por primera vez conocía algo esencial para su padre. Ahora los unía una experiencia trascendente con el señor Gabriel, era la primera vez que compartían algo. No avanzaron en esto, sus vidas tenían caminos divergentes pero se convirtieron en cómplices de las miradas, un gran paso para ambos.

XXIII

Pasaron tres años más y Antonio seguía progresando en sus estudios. En cambio Paqueta, que tenía su misma edad, no había seguido. Ya no era la gorda de antes, ahora era esbelta, bonita, pero seguía tan guasa como siempre. Pasaba el tiempo en la calle con una barra en una de las esquinas del barrio frente a un kiosco. Allí tomaban cerveza, vino, lo que pintara. Fumaban porros y boludeaban todo el día. Algunos de los chicos tenían motos e iban y venían de acá para allá sin propósito. Pronto Paqueta quedó embarazada, pero siguió con esa vida como si no pasara nada. Era común que estuviera vociferando insultos y palabrotas a voz en cuello, gargajeando como un guanaco sin importarle lo que nadie pudiera pensar. La Gorda la veía de lejos y siguió varios de esos embarazos que se producían a repetición. Recordó la época en que cuando ocasionalmente una joven “daba el mal paso”, usaba amplios vestidos para disimular su situación embarazosa. Pero Paqueta andaba con su panza asomando exuberante bajo una corta remera. De pronto un día aparecía sin panza y recuperaba rápidamente su figura. Del bebé nunca se sabía nada.

Corina había cerrado la remisería que fuera de Walter. Vaya a saber ahora de dónde sacaba la plata. Como Carlos seguía en el rubro,

de vez en cuando le tocaba algún viaje con ella. La Gorda le había comentado de Paqueta y en uno de sus viajes le preguntó tratando de no sonreír:

—¿Cómo andan los nietos?

—¿Qué nietos? —contestó Corina de mala manera.

Carlos guardó silencio pero no se turbó, no le preocupaba en absoluto si Corina se ofendía o si pensaba que se estaba metiendo en sus asuntos. Finalmente, ella largó un suspiro y comentó:

—Esa pendeja, no sé a quién sale.

Carlos tuvo que esforzarse para no largar la carcajada y

Corina agregó:

—Hace rato que no la domino, ¿sabe qué hace con los críos? —Ni idea —contestó él.

—Los vende, siempre hay gente que quiere adoptar pero los trámites son engorrosos y lentos —terminó Corina. Pasaron un par de minutos de silencio y agregó como para sí—: Vaya a saber cómo se conectó esta guacha —parecía que no iba a decir más nada pero al rato agregó—: Por lo menos no los tengo que mantener.

Carlos asentía como si le estuvieran refiriendo grandes cosas y estuvo por preguntarle si le había pedido comisión a su hija.

XXIV

El trabajo se había puesto más riesgoso. En la agencia tomaban los datos personales de los clientes y les daban una clave. Ante la menor sospecha de falsedad o reticencia en dar el teléfono para devolver llamado, preferían rechazar el viaje aunque perdieran potenciales clientes. En una racha de asaltos varios choferes habían sido heridos y uno de ellos asesinado. A Carlos no le preocupaba, vivía con la tranquilidad de quien agotó su cupo de desgracias. Cuando le parecía que se ponía muy nervioso, que el entorno en que se movía empezaba a

afectarlo demasiado, volvía a ese murmullo mudo con que precedía cada acción. Eran los extremos de su mínimo vaivén psíquico, así que cuando muchos de sus compañeros estaban al borde de la histeria porque uno de los coches no volvía o se ponían paranoicos por el aspecto o la forma de hablar o vestir de un pasajero, Carlos permanecía en calma haciendo su trabajo e incluso el de los demás. Había encontrado un lugar del que se sentía parte y no iba a renunciar a él por miedo. Pronto la presión de la opinión pública generaría la presión de la policía, y los delincuentes variarían de objetivo así como la tendencia de la moda cambia de una temporada a otra el estilo de un vestido. Encontrar un lugar, el miedo de los otros, “¿soy yo el que está pensando esto?” se preguntó Carlos. Luego sonrió, afirmó con la cabeza y a pesar de que no había nadie con él dijo en voz alta, “Sí que soy”. Fueron momentos difíciles en la agencia, que sirvieron para que se ganara el respeto y la consideración de todos. A muchos de sus compañeros los había ayudado directamente ya fuera reemplazándolos en viajes que no querían hacer, o convenciéndolos de que los hicieran ellos, y a otros contagiándoles algo de su tranquilidad por el solo hecho de estar ahí. Cuando las cosas retornaron a la normalidad, Carlos descubrió que el destino no había agotado su cupo de desgracias, no había tal cupo, siempre puede surgir una más. Su hijo estaba terminando el colegio secundario y trabajaba al mismo tiempo. Se compró una moto y se puso de novio con una chica de belleza espectacular, o belleza monstruosa —como diría el señor Gabriel— porque era tan anormal que la ponía en el centro de todos los comentarios y miradas. Además, era de una familia rica, iba a un colegio exclusivo. ¿Cómo había hecho su hijo para levantarse semejante minita? ¿Era un genio este muchacho! Tuvieron un accidente con la moto, Antonio se rompió una pierna pero Jazmín se golpeó la cabeza y quedó en estado vegetativo. No iban a gran velocidad ni realizaron ninguna maniobra peligrosa, pero iban sin casco. Antonio se sentía culpable y la familia de Jazmín se lo ratificó. Carlos se tranquilizó rápido porque su hijo pronto estuvo fuera de

peligro. En esos momentos de zozobra en la agencia le dejaron usar un coche para ir y venir como si fuera suyo. Luego de casi un mes, la chica se había recuperado milagrosamente y mandó a llamar a Antonio para romper la relación. Quizás ella también lo culpaba del accidente, pero Carlos sospechaba que había pasado otra cosa, algo que no podía entender, algo que no tenía que ver con el accidente. Antonio había quedado muy deprimido. Carlos y La Gorda no habían conocido a la familia de la chica porque querían postergar lo más posible el encuentro. La diferencia de clase social y de cultura, era demasiada. En cambio Antonio lograba equilibrar las diferencias con su presencia. Tuvieron razón, hubiera sido un esfuerzo desperdiciado y se ahorraron muchas tensiones. La madre de Jazmín no se había despegado de su hija en todo el período de internación, y ahora había pedido un coche en la agencia. Carlos quería aprovechar para verla sin que ella supiera quién era. Quizás obtuviera una pista para saber qué había pasado en realidad entre Antonio y su novia. La fue a buscar con esa idea pero la mujer no subió sola, iba con otra, seguramente la empleada doméstica. No pronunciaron palabra en todo el viaje. Carlos observó a la mujer, que estaba destruida. Se comprendía el cansancio físico luego de la experiencia de la que acababa de salir, pero había algo más. Aunque su hija se había salvado y mejoraba día a día, había en ella una desesperanza y un desconcierto definitivos. “Cualquiera diría que esta mujer estaba al borde del suicidio”, pensó Carlos. No tuvo oportunidad de iniciar conversación, sintió que toda palabra estaría de más. Al llegar a destino bajó la mujer sin saludar, llevándose con ella el agobio inabarcable que parecía rodearla como una burbuja. La doméstica le dio otra dirección y Carlos aprovechó su oportunidad.

—Qué mal se la ve a la señora.

—Si usted supiera todo lo que le pasó.

—¿Su hija fue la del accidente, no?

—¿Cómo sabe? —preguntó sorprendida la empleada.

—Por mi hijo, es amigo del que manejaba la moto —mintió.

—¡Antonio!, qué buen pibe ese.

Carlos asintió, pero parecía que la conversación había terminado. De pronto la mujer recommenzó:

—Si la hubiera visto antes.

—A la chica no la conozco —se equivocó astuto Carlos.

—A la madre digo, creíamos que se moría con la hija.

—Ahora tendría que estar contenta.

—Es que su hija ya no es la misma, parece otra, ¡si viera lo mal que la trata!

—Y al novio —agregó Carlos arrepintiéndose de inmediato, pero la mujer replicó tan rápido que ni tiempo de darse cuenta se dio.

—¡Al novio lo fletó!

—Se habrá conseguido otro —agregó rápido Carlos, para que la conversación siguiera fluyendo.

—No, no fue eso —dijo la empleada quedándose pensativa. Luego soltó una carcajada y le preguntó a Carlos—: ¿Sabe qué fue lo último que le dijo?

—¿Qué? —incitó Carlos, casi eufórico por el éxito de su improvisada táctica de investigación.

La mujer miró hacia los lados como si tuviera que verificar que nadie los escuchaba y entrecortada por la risa le soltó:

—Rajá de acá puto de mierda, ya no sos más mi novio, no te quiero ver más, ¿quién hubiera dicho?

A Carlos se le había ido la sonrisa, solo quería llegar rápido y que la empleada se bajara. Estuvo retraído unos días en que se volvió a hacer evidente el murmullo, pero logró retomar su rutina y pasar un año más o menos tranquilo. Mientras tanto, Antonio se recuperó totalmente y empezó la facultad. Un día, sin previo aviso, cayó a la casa con su nueva novia. La Gorda y Carlos se miraron con desesperación, esa morocha infartante era Paqueta.

XXV

La Gorda estaba por momentos desconsolada, por momentos furiosa. Había seguido de lejos la evolución de Paqueta, su comportamiento en la calle donde parecía pasar todo el tiempo, su promiscuidad y sobre todo sus embarazos recurrentes. Sabía que vendía los bebés, no era un chisme inventado, se lo había contado a Carlos la propia madre. Nunca una persona le había resultado tan repulsiva y ahora se le aparecía de la mano de Antonio. ¿Iría a durar mucho esto, estaba con ella solo por sexo, si quedaba embarazada sus nietos iban a ser vendidos? Era para sacar de quicio a cualquier madre, pero ella no era cualquier madre, hasta hace poco sus hijos se perdían por el mundo convirtiéndose en delincuentes. Incluso uno de ellos había muerto así. Para ella, estos problemas debieron haber sido de risa, pero estaba defraudada, creía que Antonio era más inteligente, ahora esta chica lo iba a manejar y podía llegar a arruinarle la vida. No podía hacer nada, no podía decir nada, Antonio ya era un hombre y ella no podía oponerse a que eligiera a quien quisiera. Por suerte había sido una visita corta, apenas unos minutos. No quería comentar nada con Carlos, sabía que él pensaba más o menos lo mismo y no quería agregarle carga porque había retornado su murmullo y a veces llegaba a entenderse alguna palabra suelta.

XXVI

Corina había renunciado a controlar a Paqueta. Se limitaba a decir “¡Ay, dios mío!” elevando los ojos al cielo y dejaba que los acontecimientos siguieran su curso. No tenía autoridad sobre su hija, y veía solo el efecto, no reconocía ningún error de su parte, se imaginaba la madre perfecta que por esas cosas de la vida ha recibido un castigo inmerecido. Paqueta ya había pasado cuatro embarazos, todos de

distintos muchachos. No era prostituta, no cobraba por sus servicios sexuales, en cuanto establecía una relación con alguien que le agradara incluía el sexo con toda naturalidad y de inmediato. No se cuidaba en lo más mínimo, ni de la preñez ni de las enfermedades. A pesar de que estaban a su alcance los más simples y efectivos métodos anticonceptivos, ella los ignoraba por pura desidia. Antonio seguía estudiando y no se juntaba con los amigos de Paqueta. De vez en cuando la llevaba a la casa y sus dos hermanos menores le cedían gustosos la pieza que todavía compartían. Les caía realmente bien Paqueta, era una fiesta para ellos cuando Antonio la traía a casa. La habitación era pequeña y tenía una cama marinera con un catre plegable abajo, más dormitorio que habitación. Tenía una ventana sin cortinas ni persiana, con los vidrios pintados de negro. Los chicos habían hecho las raspaduras necesarias para poder espiar. Para ellos era un espectáculo ver coger a los novios. Ella no tenía prejuicios con ninguna práctica sexual y tomaba la iniciativa aunque no conocía de refinamientos. Antonio parecía ignorar que los observaban, pero Paqueta se cuidaba de colocarse en posición de favorecer el voyeurismo de sus jóvenes admiradores, y como si pudiera verlos tras los vidrios opacos, de vez en cuando les dedicaba una sonrisa de actriz porno. Por esa época Carlos seguía trabajando de chofer y ponía especial atención en que nunca le tocara un viaje con Corina. No se creía capaz de resistir tanto. Recordaba que en la última visita a Walter, Paqueta no había dejado de provocarlo con sus asquerosidades, a pesar de que no tendría en ese momento mucho más de once o doce años. Era imposible que no recordara o que no supiera quién era él. Sin embargo, Paqueta lo saludaba con cortesía, como si aquel episodio no hubiera ocurrido. Por su parte La Gorda comenzaba a sentir cierto alivio. Ya hacía varios meses que su hijo estaba con Paqueta y no la había embarazado. Algo estaban haciendo bien. Se enteraron por los chicos del fin de la relación. Cuando pasaron varios días sin que la trajera a la pieza, sus hermanos le reclamaron y Antonio les comentó que ya no salían más. Los chicos no podían entender que

Antonio, casi con indiferencia, se perdiera semejante caramelo, pero más lo lamentaron por ellos. Sus padres, en cambio, no lamentaron nada. Habían hecho bien en no meterse. Antonio se había alejado de Paqueta, al parecer indemne.

XXVII

Cada uno siguió con lo suyo, pero La Gorda volvió a perder la tranquilidad cuando a los cinco meses vio a Paqueta con sus amigos de la barra y una nueva panza. No era gordura, era lo de siempre, solo que esta vez cabía una duda que a ella le incumbía directamente. No le dijo nada a Carlos, pero esta vez lo encaró resuelta a Antonio, que cada vez se parecía más al señor Gabriel. Él la escuchó en silencio y con ternura, la dejó que se desahogara e incluso hizo caso omiso cuando habló de más. Luego la tranquilizó asegurándole que era imposible que ese hijo fuera suyo, que se olvidara del asunto. La Gorda quedó sin saber qué decir y Antonio la besó en la frente como hacia desde que era más alto que ella, y se fue. ¿Cómo podía haber tomado con tanta serenidad lo que ella le decía?, y lo más importante, ¿podía tener un cien por ciento de seguridad de que ese hijo con destino de transacción no era de su sangre? Entonces sí le contó a Carlos, que también la escuchó en silencio hasta que ella se agotó de hablar, solo para recibir un “qué le vas a hacer” que tenía sabor a resignación. No iban a hacer nada, era evidente que ni Carlos ni Antonio iban a hacer nada de nada. La Gorda se partía la cabeza pensando qué podía hacer ella sin ayuda. Se le ocurrió ofrecerle a Paqueta comprar la criatura, pero ¿con qué plata? Además, ni siquiera sabía cuánto cobraba ella por sus productos, y encima se daría cuenta del porqué de su interés y trataría de aprovecharse, hasta sería capaz de negarse para joderla. “La tendría que haber matado —concluía furiosa en sus pensamientos— la noche en que había emboscado y cortado a Corina, las ten-

dría que haber matado a las dos”. Luego se daba cuenta de que sus lucubraciones no resolvían nada y seguía buscando una solución. No quería que el bebé fuera a parar a cualquier lado, no sabía de dónde le venía este impulso irresistible, pero no lograba apartarlo de su mente. Hacer una denuncia y obligar a efectuar las pruebas genéticas era muy complicado, imposible sin la participación de Antonio, que además se enojaría con ella. ¿Qué opción le quedaba, tenía que permanecer sin hacer nada hasta que un día esa perra de mierda apareciera sin la panza? “¡Maldita seas pendeja hija de mil putas!”, se repetía una y otra vez La Gorda. Nunca había odiado tanto a alguien, ni siquiera a Corina la había odiado tanto. No iba a quedarse sin hacer nada, iba a vigilar a Paqueta y cuando estuviera terminando el embarazo le abriría el vientre para arrancarle la criatura. Si era necesario llegaría a eso. Paqueta seguía despreocupadamente su vida, que tras el impasse con Antonio nuevamente parecía pasar por la barra de la esquina. Su panza no le impedía coger con unos y otros indiscriminadamente mientras La Gorda la vigilaba de lejos como una fiera al acecho. A Paqueta el embarazo la ponía más atractiva y le sobraban para elegir entre los moscardones que le revoloteaban alrededor. “¿Le pagarán algo?”, se preguntaba La Gorda, que a esta altura había sepultado sus dudas bajo el enorme peso de su determinación. No quería hacer justicia ni quería venganza, quería al bebé.

La observó y la observó, pero en un momento dado se dio cuenta de lo que había sabido siempre, que no tendría oportunidad de sorprenderla sola, que ya no tenía la fuerza ni la rapidez necesarias, y a medida que transcurría el tiempo tomaba conciencia de la bestialidad de sus intenciones. Si por milagro conseguía lo que quería, al bebé le pasaría lo peor que le podía reservar el destino, estaría en manos de una asesina. De todo lo que se le había ocurrido, solo era practicable tener un encuentro cara a cara con Paqueta o con Corina. Sabía que esta última no la iba a reconocer como su agresora de tanto tiempo atrás, pero tenía la esperanza de que al escuchar su voz, le viniera cierta

intranquilidad que si se convertía en miedo le daría ventaja en una negociación. Le tocó el timbre y abrió Corina, que la miró con extrañeza. La Gorda le aclaró:

Soy la madre de Antonio, el chico que salió unos meses con su hija.

—Antonio, qué buen muchacho.

—Quería hablar con usted —dijo La Gorda, haciendo caso omiso del halago.

—Estaba por salir, ¿por qué no la seguimos mañana? —Todavía no empezamos y es muy corto lo mío —dijo La Gorda, seca, monocorde y amenazante.

—En las cosas de mi hija no me meto, si lo que quiere usted es que interceda con Paqueta, le aclaro que es imposible.

En cuanto Corina hizo una pausa para respirar, La Gorda metió un bocadillo.

—No me interesa que interceda...

—¡Menos mal! —la interrumpió Corina— no sabe lo que es tratar con esta chica, no podemos ni hablar, no le cuento para no aburrirla pero la discusión que tuvimos el otro día fue terrible y tendría que estar acostumbrada porque no es la primera vez que nos agarramos así —y siguió hablando con una velocidad y seguridad que no le permitía a La Gorda mechar palabra.

Cuando pensaba seriamente en meterle un cazote, Paqueta pasó entre las dos sin saludar, sin mirarlas siquiera, y se alejó caminando con tan buena figura que nadie hubiera pensado que había pasado un embarazo en su vida. ¡Estaba sin panza! La Gorda se quedó con la boca abierta, mirándola alejarse. Esto sí hizo callar a Corina, que no soportaba comprobar que no le prestaban atención. Ella salió, cerró la puerta con llave y debió decir algo más antes de irse, alguna frase de despedida que La Gorda no escuchó porque de pronto se encontró sola, con el desconsuelo de un espantapájaros.

XXVIII

La Gorda no volvió a mencionar nada del asunto. Paqueta hizo cambios en su vida, empezó a salir con un tipo adinerado, y se ve que hizo buena letra porque lo enganchó con libreta y todo. Donde su madre había fracasado, ella obtuvo un éxito completo. Las dos habían tenido esa ambición, las dos lo habían intentado con entusiasmo y buena disposición sexual, pero Paqueta tenía la enorme ventaja de que era hermosa. Desapareció del barrio convertida en una señora de sociedad, aseguró los lazos con el dinero de su marido mediante un par de hijos, y obtenida la seguridad económica se dedicó a disfrutar de la vida como más le convenía. Carlos se enteraba de vez en cuando de algunos datos si le tocaba un viaje con Corina, y aunque no era confiable nada de lo que ella dijera, La Gorda se interesaba mucho. Antonio no, él seguía su vida independientemente del entorno en que se había desarrollado y le iba bien. Había estudiado filosofía y ya terminaba la carrera. Ni Carlos ni La Gorda sabían para qué podría servirle eso, pero lo cierto es que Antonio tenía un buen trabajo, casa propia y los ayudaba económicamente. Estaban orgullosos, especialmente La Gorda que consideraba que Antonio era lo mejor que la vida le había dado. Él se había convertido en un hombre sabio, pero no había permitido que esto se constituyera en una barrera frente a su familia. A sus dos hermanos más chicos los había orientado con autoridad benévola, tal como el señor Gabriel había hecho con él. A La Gorda le parecía que a medida que pasaba el tiempo su hijo se parecía más y más al señor Gabriel. Tenía el mismo corte de pelo, la misma barba, ropa del mismo estilo y la misma forma de conducirse, hasta de mirar. Hacía años que el señor Gabriel había muerto y nunca había dejado de estar presente entre ellos. Luego de morir, el hermano les había entregado algunos libros que el señor Gabriel había indicado expresamente que debía conservar Antonio. Sólo él podía valorarlos, aunque para ese entonces ya había

aprendido lo esencial y sabía que en los libros a lo sumo hay piezas sueltas imposibles de identificar y articular sin el conocimiento al que el señor Gabriel le había dado acceso. No los atesoró, sólo los conservó con cariño, sabía demasiado para aferrarse a las cosas.

XXIX

Un par de años después le perdieron la pista a Paqueta. Carlos ya no podía trabajar de chofer y no tenía oportunidad de hablar con Corina. Tantos años de excesos le pesaban en el cuerpo. Tenía el hígado fibroso y encogido, y ya no veía bien. Consiguió una pensión mínima y en una inmobiliaria de la zona la dieron una changa. Cuando publicaban una propiedad, él iba, la abría y la mostraba a los interesados. Si querían dejar una seña, Carlos los comunicaba con la oficina. En caso de pactarse una venta, le tiraban unos pesos. Con eso redondeaba sus ingresos. La Gorda se había jubilado mejor, ya que el señor Gabriel se había ocupado de eso. A veces no caía nadie a ver las propiedades y Carlos pasaba largas horas en lugares desnudos de muebles, con las lámparas colgando de los cables, yendo y viniendo por las habitaciones acompañado siempre por el eco desolado de las casas vacías. Otros se deprimían en este trabajo, pensaban en las oportunidades perdidas, en lo que habían dejado de hacer y lo que habían dejado por el camino. A él solo lo molestaba un poco que viniera gente a distraerse recorriendo casas en venta. No lograban alterar a Carlos, que se limitaba a darles la tarjeta de la oficina absteniéndose de brindar información inútilmente. Ya no necesitaba su murmullo porque en años y años de perseverancia había logrado encarnar tan profundamente su frase que podía prescindir hasta de pensarla. Sabía que se acercaba al final de su vida, estaba conforme y orgulloso de sus últimos años. La Gorda quiso compensar la falta de datos sobre la vida de Paqueta tratando de provocar algún encuentro con Corina para preguntarle, pero era muy

raro verla por la calle, y la única vez que lo logró Corina le contestó “bien gracias” sin detenerse. Luego le perdió la pista, se había mudado. Con Carlos tenían muchos nietos, pero La Gorda se había negado a que la usaran de niñera, sentía que era un abuso que se los encajaran y tuviera que volver a hacer el papel de madre que mal o bien ya había cumplido. Le parecía una falta de consideración que tuviera que pagar ese precio por estar con algunos de sus nietos. Carlos nunca la había ayudado con los hijos, ahora no tenía nada que decir. Él era muy apreciado por los vecinos, hablaba poco pero escuchaba mucho y cuando alguien le soltaba un discurso sobre lo que debería hacerse para mejorar la economía del país, la salud pública o la educación, Carlos escuchaba con atención y les hacía sentir que sus medulosas opiniones eran seriamente consideradas. Sabía de la inutilidad de las esperanzas de quienes quieren cambiar el mundo sin ser dueños de su propia existencia, sabía que los que hablan sin comprometerse hablan por hablar. Pero él escuchaba otras cosas en esos decires, sólo por el placer de disfrutar de un arte propio.

XXX

Todo había sucedido tan rápido que Corina no terminaba de entender qué había pasado. Paqueta la había embarcado en un negocio para el cual había hipotecado su casa, que terminó perdiendo a los pocos meses. Paqueta, que no había arriesgado nada y que por otra parte no necesitaba hacer ningún negocio, se había desentendido y ella había quedado en la calle. Fue vendiendo sus pertenencias de a poco para subsistir y cuando tuvo que entregar la casa fue a parar a un lavadero de ropa donde la dejaban dormir en la parte de atrás y le tiraban unos pocos pesos a cambio de trabajar durante el día. Entrando en la vejez se había quedado sin nada. Paqueta no la ayudó con el argumento de que si el negocio hubiera salido bien, no se estaría quejando y no

hubiera compartido sus ganancias. El único consuelo para Corina era que estaba muy lejos del barrio y no había nadie que la hubiera conocido en mejor situación. No sabía que uno de los clientes había tenido el suficiente tacto para hacerse el distraído. Ella no podía reconocer a Antonio, lo había visto alguna vez de pasada cuando era un adolescente. Una noche en que Antonio cenaba con sus padres, les comentó.

—¡Ya sabía! —exclamó Carlos celebrando que el tiempo el fin le diera la razón.

—Qué hija de puta —reflexionó La Gorda, y como todos se quedaban callados Antonio preguntó:

—¿Quién?

—Las dos, pero más Paqueta, a la madre nunca la tragué, incluso alguna vez pensé en hacerla mierda.

—A Paqueta también —agregó Antonio admonitorio, mientras su padre se contenía para no meter la pata. La Gorda se hizo la distraída. A veces la inquietaba este hijo que parecía saberlo todo, era como si le leyerá la mente.

—¡Qué pendeja hija de mil putas! —exclamó Carlos. —Tenía sus virtudes —pensó Antonio, aunque por su sonrisa

La Gorda se dio cuenta por dónde andaba. Fue ella la que reinició la conversación.

—Al final voy a terminar teniéndole lástima a Corina. —La indiferencia con que recibieron su declaración, le hizo preguntar—: ¿Ustedes no?

—Yo me la gasté toda —contestó Carlos sin dejar de comer. —No me dedico a eso —fue la enigmática respuesta de su hijo.

La Gorda se había acostumbrado a no entender mucho de lo que Antonio decía, y como se había convencido de que no le estaba tomando el pelo cuando le respondía así, no dijo más nada y terminaron de comer en paz. Luego Antonio se fue para su casa, Carlos a dormir y ella se quedó pensando. Le venía a la mente ese hijo que Paqueta seguramente había vendido y que podría ser de Antonio. No entendía

la indiferencia de su hijo y tampoco la de Calos, que se estaba viniendo abajo día a día. Era notorio su desmejoramiento físico, pero no quería volver al médico, incluso parecía contento. Todos sabían que la muerte rondaba la casa, nadie hablaba de eso y Carlos parecía cada vez más tranquilo. Era evidente que sabía algo que no le había dicho, algo que estaba vinculado con el cambio repentino que sufriera tantos años atrás. “Mejor para él —pensó— mejor para él”. De lo que sí estaba segura era de que Antonio entendía. “Ese entiende todo”, pensó yéndose a dormir.

XXXI

Carlos no tenía tanta edad pero su organismo no daba más, la sangre se le envenenaba. La Gorda lo acompañó a cada momento, confundiendo su tranquilidad con mansedumbre. Se puso tan mal que tuvieron que internarlo en el hospital. La última vez que se vieron padre e hijo, Carlos le dijo con orgullo:

—Soy yo el que se está muriendo.

Su hijo se quedó mirando la sonrisa de satisfacción de ese padre que durante su niñez había sido un extraño, y finalmente le dijo:

—Lo que hiciste de tu vida fue toda una proeza, ¿sabés? —Algo parecido me dijo el señor Gabriel hace muchos años, contestó Carlos, gastando las últimas energías en su alegría.

No fue un entierro muy triste. Carlos había sido querido, pero no se lo iba a extrañar demasiado. Luego de un tiempo La Gorda localizó el lugar donde trabajaba Corina y por curiosidad fue a verla. Se enteró de que tenía cáncer y que la habían operado para prolongarle un poco la vida. Estaba convertida en un espectro que miraba con la avidez del que quiere aferrarse a las cosas que le pasan por delante de los ojos. La Gorda la reconoció por su mirada desorbitada. No iba a decirle nada, solo dejar una ropa que llevaba como excusa, pero cedió a un impulso

repentino y preguntó:

—¿Usted es Corina?

Corina se quedó paralizada. La Gorda volvió a hablar. —Yo soy la madre de Antonio, uno de los chicos con los que anduvo su hija.

—Antonito, que buen chico —dijo Corina aliviada, y siguió como hablando para sí misma—: Acá me tiene, lo perdí todo, ¿sabía?

La Gorda asintió y Corina retomó la conversación.

—Mi hija resultó una traidora pero lo va a pagar carísimo. Ante el gesto de perplejidad de La Gorda, Corina explicó: —Durante mi matrimonio con Walter desarrollé ciertas capacidades, usted sabe que mi marido se dedicaba a investigar cuestiones que no están al alcance de todos. —La Gorda volvió a asentir y Corina siguió—: Yo puedo anticipar lo que va a suceder, cómo se van a desarrollar los hechos mucho antes de que ocurran, y lo que le espera a Paqueta es terrible.

La Gorda quería decir algo pero no se le ocurría, y la mirada extraviada de Corina la inquietaba.

—Paqueta tiene dos hijos, ¿sabe?, y Walter no era el padre de Paqueta, eso ella lo tiene muy claro. De lo que no tiene ni idea es de quién puede ser su verdadero padre, nunca le importó tampoco, pero en un futuro muy cercano ese dato va a ser vital, ¿sabe? —La Gorda levantó las cejas, Corina estaba embalada y siguió—: Va a necesitar algo para lo cual no le va a servir la plata de ese delincuente de guante blanco que la mantiene, ¿a quién cree que va a tener que recurrir entonces?

La Gorda sonrió, Corina interpretó que le era reconocida una victoria y se entusiasmó.

—Y mi precio va a ser muy alto, me va a tener que devolver todo lo que me robó y mucho más, me va a tener que dar las gracias de rodillas, ¿sabe?

La Gorda se quedó mirando esa cara desencajada en la que aún se notaban las cicatrices de su ataque tantos años atrás. Se encontró caminando hacia su casa sin saber muy bien cómo se había despe-

dido de Corina. Llevaba la bolsa con la ropa que supuestamente era para lavar.

XXXII

Pasó un tiempo de tranquilidad para La Gorda. Se veía con algunos de sus hijos y nietos, con otros se había distanciado. A Antonio lo veía siempre. Él vivía como quería, nunca le faltaban recursos para ningún emprendimiento que se lo ocurriera llevar adelante, trabajando aquí y allá en cuestiones relacionadas con el conocimiento, según sus explicaciones enigmáticas que la dejaban en ayunas. No cumplía horarios ni tenía patrones ni era parte de la burocracia estatal o privada. Como el señor Gabriel en su momento, su hijo era catalogado por los vecinos como un gran profesor, un maestro decían algunos, aunque a ella no le constaba que enseñara materia alguna ni tuviera vinculaciones con establecimientos educativos. Pero no se hacía problema, había llegado a la conclusión de que lo que Antonio no le contaba era para no perturbarla y a esta altura ella tenía una confianza ciega en su hijo. Además, la tranquilizaba saber que había cuestiones más allá de su entendimiento. Antonio se había convertido en otra persona, no en un extraño, era uno de sus hijos, pero entre ellos crecía una distancia que no tenía que ver con lo afectivo. Recordó su infancia, cuando tenía que tragarse las misas interminables, cuanto la obligaban a leer la Biblia, y aquella terrible frase de Jesús en que parecía negar a su madre y sus hermanos ante la multitud. Ahora, a tantos años de distancia, le parecía cada vez menos terrible. Antonio no solo se parecía al señor Gabriel, hacía las mismas cosas. Era tan extraño, tanto ella como su hijo tenían más presente al señor Gabriel que a Carlos. Ella ya se iba. Había ido a visitar a Antonio pero a la tarde venían dos o tres chicos del barrio a estudiar matemáticas con su hijo. Les iba mucho mejor en el colegio desde que él los ayudaba. Hasta habían empezado a pedirle

prestados algunos libros, que invariablemente Antonio les regalaba si eran capaces de demostrarle que los habían comprendido. La Gorda quería estar lejos del bullicio de los chicos, pero mientras tomaba sus cosas para irse una nena que ya se acomodaba en la mesa le llamó la atención de inmediato. Tenía algo especial, no podía definirlo, un aire, una forma de moverse que le resultaba familiar. Miró a su hijo como para preguntarle algo, aunque todavía no sabía qué y se encontró con que la observaba.

—No digas nada —le advirtió con ternura.

—No, para qué —terminó ella, acercándose para recibir su beso en la frente antes de irse para su casa.

Antonio se quedó viéndola alejarse con la dificultad de los años y su inmenso culo bamboleándose de lado a lado con cada paso. “Qué mujer —pensó— qué implacable intuición”. Ella no había tenido acceso a los conocimientos que el Chamán Blanco le pasara al señor Gabriel, que el señor Gabriel le pasara a él, ni siquiera a los que Carlos había atisbado aferrándose a la última oportunidad que el entramado le había brindado. Sin embargo, a pesar de todas las dificultades de su vida y de haber comenzado con todo en contra, ella se había construido una manera digna de vivir. Llegaron un par de chicos más que entraron como si fuera su casa —tal como él hacía cuando iba a lo del señor Gabriel— y lo comenzaron a llamar desde adentro, pero se quedó un poco más en la puerta viendo alejarse a su madre hasta que ya no pudo distinguirla de los demás.

XXXIII

La Gorda sabía que Nelly, la hija de su comadre, trabajaba como doméstica en casa de gente rica. Había visto a su patrona una vez que anduvo por la parte residencial del barrio. Era una mujer distinguida a la que la belleza abandonaba a pesar de las cirugías, el esmerado

maquillaje y el buen vestir. Pasaron varias horas hasta que le vino la respuesta, Paqueta. Fue de inmediato a la casa de su comadre y le contó del porqué de su interés en ella. Se enteró de que Nelly vivía con ella porque era muchacha con cama adentro, que la señora se había divorciado pero tenía un piso de lujo y una mensualidad importante, que los hijos no le daban bola y no era para menos porque los había criado Nelly. En cuanto a Corina, se enteró de que luego de otra cirugía por cáncer había ido a parar a un psiquiátrico del Estado donde había muerto en abandono. La Gorda se quedó pensativa. Esa mujer, a la que tanto había odiado y hasta querido matar, ahora le daba lástima.

—No creas que la hija anda muy bien —le aclaró su comadre— se despierta todas las noches gritando por las pesadillas, no puede descansar y eso que la tienen empastillada. Lo peor es que tampoco descansa Nelly. Antes le pasaba de cuando en cuando, ahora todas las noches la despierta esa loca con sus gritos: “¡Traficante de mierda, te voy a matar!”.

—¿Traficante de mierda? —repitió La Gorda asombrada. —Sí, ¿por?

—Se lo habrá dicho alguien alguna vez.

—No es para marcar así a una persona —descartó su comadre.

—Depende —terminó La Gorda, y para evitar más explicaciones le contó a su comadre por qué en el barrio le decían Paqueta a “la señora”. Rieron un buen rato con eso. De lo otro, no contó nada.

Epílogo

Pasaron unos años y La Gorda se sentía cada vez más cansada. De golpe el tiempo se le hacía sentir en la carne. Había tenido un prolapso de útero por el cual le habían puesto un pesario y usaba una faja. Apenas podía caminar porque le dolían mucho las rodillas. El doctor ya la tenía cansada con eso de que adelgazara. Uno de los hijos se había venido con su familia a vivir con ella, así que sola no estaba. Antonio pasaba dos o tres veces por semana a verla. Ese hijo que le parecía tan distante aunque pensar en él la llenara de orgullo, ahora la había acompañado a la puerta llevándole una silla. El barrio era chato y de calles anchas y ella se había acostumbrado a ver el atardecer si el tiempo estaba lindo. Se sentó y se quedó mirando las nubes en el horizonte, que con la puesta del sol habían tomado un suave color violeta. “Qué lindo color”, se emocionó, pero se contuvo al acordarse de que Antonio estaba con ella. Él le dio un beso en la frente y se fue. Se quedó viendo como su hijo se empequeñecía con la distancia. No le sacó la vista hasta que ya no pudo distinguirlo de los demás.

En estos días se le venían los recuerdos sin llamarlos. Su niñez solitaria y de privaciones, su marido que parecía haber muerto un siglo atrás, y el señor Gabriel que tanto había influenciado su vida y la de sus hijos. ¿Estarán en algún lugar o uno desaparece así como así? Pensó en su melliza, que tan poco había vivido pero había determinado que ella fuera a parar con los abuelos. Ya estaba poniéndose oscuro, era tiempo de irse.

Una vez muerta su madre, nada ató a Antonio al barrio. Antes de irse les comentó a sus hermanos que quería conocer el Machu Picchu, las pirámides de Egipto y vaya a saber qué otras cosas más. Cerró la casa y se fue. No quedaba nadie que pudiera extrañarlo y los pocos que lo conocieron sabían que de lo último que tenían que preocuparse, era de él.

